

42
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

2278

El Comisario de Policía

Caricatura en cuatro actos

ORIGINAL DEL CÉLEBRE ESCRITOR PORTUGUÉS

GERVASIO LOBATO

arreglada á la escena española

POR LOS SEÑORES

CARLOS y ENRIQUE ARROYO y GONZALO JOVER

Estrenada por la Compañía **Prado-Chicote**, en el Teatro Moderno de Madrid, el 13 de Abril de 1905



MADRID

Núñez de Balboa, 12

1905

1

E. Harvey

EL COMISARIO DE POLICÍA

619252

Según contrato formalizado con la intervención de la Sociedad de Autores Españoles, el derecho exclusivo y absoluto de traducción y publicación de esta obra al idioma castellano, pertenece al Sr. Arroyo y se considerarán ilícitos cuantos arreglos, extractos, adaptaciones indirectas é imitaciones llamadas de buena fe, se publiquen ó representen en España, así como en los países con los cuales se haya celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los corresponsales de la Sociedad de Autores Españoles, son los encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL COMISARIO DE POLICÍA

Caricatura en cuatro actos

ORIGINAL DEL CÉLEBRE ESCRITOR PORTUGUÉS

GERVASIO LOBATO

arreglada á la escena española

POR LOS SEÑORES

CARLOS y ENRIQUE ARROYO y GONZALO JOVER

Estrenada por la Compañía **Prado-Chicote**, en el Teatro Moderno de Madrid, el 13 de Abril de 1905



MADRID

R. VELASCO. IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 551

1905

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

DOÑA VICENTA CARNERO.....	Srta. Prado.
DOÑA MARÍA FRANCISCA DE XA- VIER SOÁRES	SRA. CASTELLANOS.
ANGELA SERENO (hermana del co- misario)	SRTA. ANCHOREÑA.
CELESTE SOÁRES (sobrina del con- sejero).	SIGLER.
GLORIA (esposa de Bernar lo).....	FRANCO.
ROSA (criada de doña María).....	ROBLES.
JULIA	SRA. LÓPEZ.
PIGMALIAO SERENO (comisario de policía).....	Sr. Chicote.
FAUSTINO SOÁRES (consejero)....	SOIER.
MELCHOR DE NATIVIDAD.....	PONZANO.
ROLINHO	VELÁZQUEZ.
BERNARDO	RIPOLL.
ESCRIBIENTE.....	GONZÁLEZ.
UN PRESO	MORALES.
UN POLICÍA	BORDA.
TESTIGO 1.º	BERMÚDEZ.
IDEM 2.º	FERNÁNDEZ.
IDEM 3.º	CASTRO.

Policías, presos, invitados, camareros, músicos, etc., etc.

La acción en Lisboa.—Epoca actual



ACTO PRIMERO

Sala burguesa, amueblada con cierto lujo, pero sin elegancia, en casa de Faustino. Al fondo dos puertas. La de la derecha se supone que conduce al exterior. La de la izquierda al jardín. Entre ambas, galería de cristales, tras la cual se ve el jardín mismo. Cerca de la puerta de la derecha un biombo. En el testero de la derecha el estrado. En el de la izquierda puerta que se supone del comedor y demás habitaciones interiores. Un «secretaire» de señora ó guardajoyas en sitio conveniente. Mesa sobre la que habrá una bandeja con botella de agua y copas. Es de día.

ESCENA PRIMERA

GLORIA en el centro de la escena. ROSA saliendo por la izquierda

ROSA La señora sale en seguida. Está acabando de peinarse.

GLO. No tengo prisa. Mi marido quedó al cuidado de la casa.

ROSA ¿Y qué tal se porta Bernardo?

GLO. Como siempre. ¡Estoy más harta! Tiene un genio insufrible; por la más pequeña cosa levanta la mano, y ¡zás!

ROSA ¿Tiene la mano ligera, eh?

GLO. Cuando la levanta. Pero cuando la deja caer parece de plomo.

ROSA ¡Por algo le llaman brazo de hierro! No sería yo quien aguantara á un hombre así.

- GLO. Y dejaré de hacerlo cualquier día.
ROSA No ha de faltarla quien la quiera.
GLO. ¡Gracias a Dios no es una costal de paja!
Hay un caballero que... Si una no fuera
honrada...
ROSA ¿Y quién es ese caballero?
GLO. No puedo decirlo. Es casado.
ROSA ¡Un pillo!
GLO. Un señor tan amable... tan rendido... Con-
tinuamente me regala caramelos.
ROSA ¿Y le conozco yo? (Señal afirmativa de Gloria.)
Como no sea... Pero, ¡cá! ¡Imposible! Don
Faustino...
GLO. (Rápido.) ¡No es él! Si apenas le conozco...
ROSA No puede ser él. ¡Pobre hombre! Ya se
guardarla...
GLO. ¿Sí?
ROSA ¡Uf! Pues si la señora le pescara en un ga-
tuperio...
GLO. ¿Tiene mal genio la señora?
ROSA ¡Peor! Parece hecha de hiel y vinagre... A su
marido le pide cuentas de todo. El ha de
entregarla íntegro el sueldo en dinero ó en
alhajas y ella le da unas cuantas pesetas
para sus gastos imprescindibles. El tabaco,
la barba, algún refresco...
GLO. ¿Y pasa por eso? ¡Valiente mameluco!
ROSA ¡Sí, le gusta!
GLO. Ca..
ROSA Alguna vez rechaza el donativo, porque lo
que él dice: ¿para qué quiero dinero si tengo
en casa todo lo que necesito?
GLO. ¿Eso dice? (Aparte.) ¿Entonces para qué me
busca á mí?
ROSA ¡Ah! Ahí viene la señora...

ESCENA II

DICHAS, DOÑA MARÍA

- MARÍA (De mal humor. A Rosa.) ¿Qué significa esto? La
pago para que pierda el tiempo charlando?
¡A la cocina! ¡Largol

- ROSA Señora... Yo...
MARÍA Nada de disculpas. ¡A la cocina!
ROSA (Aparte.) ¡Qué genio! (Mutis.)
MARÍA (A Gloria.) ¿Es usted la criada de doña Vicenta?
GLO. (Turbada.) Sí... sí... señora.
MARÍA ¿Es usted nueva en la casa?
GLO. Diré á usted. No soy precisamente la criada, sino la mujer del portero... Hago algunos recados.
MARÍA ¡Ah! ¿Es usted la esposa de Bernardo? (Cambio de tono.) ¿Y doña Vicenta, la envía á decirme que quiere honrar hoy mi casa?
GLO. Me manda preguntar á la señora si no la causará trastorno su visita.
MARÍA ¡Ninguno! Diga á doña Vicenta que la espero con muchísimo gusto.
GLO. Muy bien. ¡Ah! Se me olvidaba... Me mandó rogara á usted la prestase el rastrillo pequeño del jardín, para enviar por otro igual á mi Bernardo.
MARÍA En seguida... He de buscarlo en la caseta de las herramientas.
GLO. Esperaré.
MARÍA No. No es necesario. Se lo enviaré por Rosa.
GLO. Como disponga la señora.
MARÍA Dé usted recuerdos á doña Vicenta.
GLO. Será complacida.
MARÍA (Gritando.) ¡Rosa, Rosa! ¡Venga usted al jardín! (Mutis foro izquierda.)
GLO. Yo con su permiso... (Va á salir foro derecha y doña María tropieza con Faustino que entra.)

ESCENA III

GLORIA y FAUSTINO

- GLO. ¡Ah!... ¡El señor don Faustino!
FAUS. ¡Gloria! (Asustado y aparte.) ¡Demonio!
GLO. Dichosos ojos...
FAUS. ¡Chist! ¡Calla, imprudente! (Mirando receloso á todas partes. Disimulando. Alto.) ¡Hola! ¡Holal

- JUVEN! ¿Cómo está la señora doña Vicenta?
(Riéndose.) ¿Qué vienes á hacer aquí, desgraciada?
- GLO. ¡Uy, qué terror! ¡Parece que soy algún duende!
- FAUS. ¡No es que seas un duende! ¡Pero pueden vernos!
- GLO. ¿Qué? No soy tan fea que asuste. Así me lo ha dicho el señor Consejero muchas veces.
- FAUS. ¡Y lo repito!
- GLO. Don Faustino, tenemos que hablar.
- FAUS. Ya te he dicho que te calles. Estoy pronto á conversar contigo donde quieras, pero no en mi casa.
- GLO. ¿Por qué? ¿Tiene usted miedo?
- FAUS. Temo por tí. Podría entrar Bernardo... ¡Brazo de hierro!..
- GLO. (Riéndose.) ¡O doña María, su mujer... también brazo de hierro!..
- FAUS. ¡Tú vienes á comprometerme! ¿No es eso? ¡Pues grita, llama á todos... ¿A qué aguardas?
- GLO. Si yo no vengo á comprometerle... Vengo á buscar un rastrillo de parte de doña Vicenta. Su señora lo está buscando en el jardín para entregármelo. .
- FAUS. ¿Palabra?
- GLO. ¡Palabra!
- FAUS. ¿De manera que estamos solos?
- GLO. Completamente.
- FAUS. En ese caso... (Va á abrazarla.)
- GLO. (Rechazándole.) ¡Eh! ¡Alto ahí! Puesto que el señor tiene en casa todo lo que necesita... (Con ironía.)
- FAUS. ¿Todo lo que?..
- GLO. ¿No lo asegura usted así á su señora?
- FAUS. ¿A mi señora? Yo no tengo señora, tengo un sargento de caballería que usa enaguas para andar por casa.
- GLO. ¿Luego usted no la quiere?
- FAUS. ¿Yo? Mira, Gloria... ¡hay preguntas que ofenden!
- GLO. ¿Y me quiere á mí?
- FAUS. ¡Como Sansón á Dalila! ¡Hasta que me peles!

- GLO. ¿Y por quererme á mí y no querer á ella la regala magnificas joyas y á mí cartuchitos de caramelos, verdad? No me conviene el negocio.
- FAUS. ¿Quieres tú joyas también? ¡Pues las tendrás!
- GLO. No... Yo no quiero...
- FAUS. Las tendrás. Pulseras... pendientes... sortijas...
- GLO. ¿Con brillantes?
- FAUS. ¡Es condición indispensable!
- GLO. ¿Lo dice usted de veras?
- FAUS. ¡Palabra! (Voz de Celeste, puerta de la izquierda.)
- CEL. ¡Tío! ¡Tiito!
- FAUS. (A Gloria.) ¡Chist! Nos veremos después. En el colmado de la esquina.
- GLO. A ver si es usted hombre de palabra.
- CEL. ¡Tío!
- GLO. ¡Hasta luego! (Mutis foro derecha.)
- FAUS. ¡Adiós, Gloria pura!

ESCENA IV

FAUSTINO y CELESTE

- FAUS. Es un ángel. ¡Un ángel!... ¡Voy, Celeste! (Abre puerta izquierda.)
- CEL. ¿Cómo? ¿Está usted solo? Creí que había alguien con usted.
- FAUS. No. Estaba yo solo. Absolutamente solo. Ya lo ves tú, y puedes atestiguarlo ante la tiita.
- CEL. Pues yo oí hablar...
- FAUS. ¡A mí!
- CEL. ¿Y con quién hablaba usted solo?
- FAUS. ¡Conmigo!
- CEL. ¡Es raro! ¡Tan poco como habla usted con la tía! Supuse encontrarla aquí...
- FAUS. No está. Gracias á Dios no está. ¿Querías algo?
- CEL. Decirla que viene una visita.
- FAUS. ¿Una visita?
- CEL. Una persona que... se acaba de apeaar del tranvía. (Con rubor.)

- FAUS. Quizá no venga aquí. ¡Se apea tanta gente del tranvía que no viene á nuestra casa!
- CEL. ¡El, sí! (Rápido y convencida.)
- FAUS. ¿El? ¡Ah! (Con malicia.)
- CEL. ¡Tío! (Muy tímido.)
- FAUS. ¿Y quién es él?
- CEL. ¡Toma! ¿Quién ha de ser? Don Melchor.
- FAUS. ¿El secretario del Ministro?
- CEL. Sí. Anoche vino también. Y la tía ordenó á Rosa decirle que no estábamos en casa.
- FAUS. ¡Cómo! ¿No estar en casa para el secretario particular de un Ministro! ¡Qué irreverencia! Para esas gentes se está siempre en casa... ¡Hasta cuándo se ha salido! (Timbre fuera.)
- CEL. ¡El es! Corro á decirlo á la tía... (Mutis foro Izquierda.)

ESCENA V

FAUSTINO y MELCHOR

- MEL. ¡Señor Consejero! ¿Todavía en casa? No esperaba tener el gusto de encontrarle á esta hora.
- FAUS. Caro amigo, tiene usted ese gusto merced á unas nubes sospechosas que me obligaron á regresar en busca del paraguas. ¿Y á qué debemos?
- MEL. Salgo en este momento del Ministerio y no quise pasar por delante de su casa sin entrar á ofrecer mis respetos á las señoras.
- FAUS. Usted siempre tan respetuoso... Los recibirán con gran placer.
- MEL. ¿Esta usted seguro?
- FAUS. ¡Hombre!
- MEL. Es que ayer... pasaba... por casualidad.. Ví en el balcón á su sobrina... Subí y me dijo la criada..
- FAUS. ¿Y usted hace caso de las criadas? No hay orden que no interpreten al revés. Yo le suplico que no lo tome á descortesía.
- MEL. ¡Nada de eso! Y lo prueba que he repetido la visita.

- FAUS. Además... como mi mujer tiene un genio .. tan raro...
- MEL. Por haberme usted hecho algunas penosas confidencias respecto á ese punto, me he permitido decirle lo de ayer. De otro modo no hubiera hablado. Sin embargo, le ruego no haga mención á su esposa...
- FAUS. ¡Esté tranquilo!
- MEL. Me parece que daría usted algo bueno por no estar casado.
- FAUS. O por ser viudo. Me sería igual.
- MEL. ¡Hombrel ¡Se vuelve usted feroz!
- FAUS. ¡Feroz es ella! Si usted supiese... Tengo los brazos convertidos en cónclaves. ¡Así estoy de cardenales! ¡Mi María no es una mujer!... ¡Es la fiera... corruptia!... ¡Santa Bárbara si me oyerá!
- MEL. Y si supiera otras cosas... sin duda disculpables después de lo que usted me ha referido.
- FAUS. Otras cosas...
- MEL. (Con misterio.) ¡Una conquista!
- FAUS. ¿Yo? (Sorprendido; luego con petulancia.) ¡Oh!... ¡Las mujeres son tan caprichosas!
- MEL. Una conquista á la que hace usted un regalo mensual.
- FAUS. ¿Un?... ¡Palabra de honor que no!
- MEL. ¡Vamos! .. ¿Niega usted que compra cada mes una joya de tres ó cuatro pesetas en el bazar de la calle de Augusta?
- FAUS. ¿Cómo sabe usted eso?
- MEL. Como se sabe todo en este mundo. Vamos... ¿es verdad ó es mentira?
- FAUS. No. ¡Ojalá no se hubiese usted equivocado!
- MEL. ¿Pero no adquiere usted esas joyas falsas para alguna maritornes rubicunda y metidita en carnes? ¡Sé que es su género... calavera!
- FAUS. Sí .. Es mi género... lo confieso. Mas las joyas no son para mi género. Son... ¡Asómbrase usted!... ¡Son para mi mujer!
- MEL. ¡Para su mujer! ¡Joyas de cuatro pesetas con estuche! ¡Vaya, usted bromea, amigo mío!
- FAUS. ¡Son para ella, hombre! ¡Como lo digo!

- MEL. ¿Pero es eso posible?
FAUS. Sí, señor; es posible. Una invención... ¡Una maravillosa invención mía!
- MEL. ¡Cada vez lo entiendo menos!
FAUS. Mi mujer es terrible... Para tener la seguridad de que le soy fiel me inutiliza...
- MEL. ¿Cómo?
FAUS. Haciendo que la entregue hasta el último céntimo de mi sueldo.
- MEL. ¿Y usted se conforma?
FAUS. Me conformo... sin conformarme. Al principio quise resistir... pero mi cara mitad dió dos pataditas en el suelo... levantó la mano ..
- MEL. ¡Y adiós resistencia!
FAUS. ¡Con dos muelas por añadidura!
- MEL. ¡Zambomba!
FAUS. Verdad es que estaban un poco careadas... ¡Callé!
- MEL. Era lo más prudente.
FAUS. Pero no me limité á consultar á la prudencia... sino que pedí ayuda al ingenio y encontré el medio de conciliarlo todo.
- MEL. A ver. . A ver...
FAUS. Medio simplicísimo... Yo cobro todos los meses más de mil pesetas entre sueldo y gratificaciones. En cuanto cojo esos cuartos me dirijo á un bazar de joyas de imitación. Usted sabe que los brillantes al carbono dan un camelo á cualquiera. . adquiero una joya.. ¡siempre de brillantes! y se la entrego á mi mujer, que la acepta como buena. Deduzco de la paga el valor que la alhaja tendría si no fuera falsa... doy á mi mujer el resto y así ella queda contenta con el regalo y yo con el bolsillo repleto para todo el mes. ¡Ecco il problema!
- MEL. (Tendiéndole la mano.) ¡Choque usted, amigo don Faustino! ¡Palabra! Y no se ofenda por ello... No le creía á usted capaz de una estratagema tan genial. ¿Y su señora no ha llegado á sospechar?...
- FAUS. Por ahora no. Sale muy poco y no las usa... Las guarda en aquel mueble.. Lo malo será que se canse...

MEL. ¡Tendría usted que inventar otra farsa!
FAUS. ¡Chits! La tos de mi mujer... Ya hablaremos
(Cambio de tono. En voz alta y campanuda.) Sí, don
Melchor. Aunque adversario intransigente
de su excelencia, me place que siga inalterable el estado de su salud. Reconozco la completa inutilidad del Ministro, pero me intereso por el hombre. Nada tienen de común la salud corporal y la capacidad política. ¡Esa es mi divisa!

ESCENA VI

DICHOS, DOÑA MARÍA, CELESTE, luego ROSA

MARÍA ¡Pero es que tú tienes divisa!.. ¡Siempre diciendo tonterías! ¿Cómo está usted, don Melchor?

MEL. Perfectamente... ¿Y usted, señora?

MARÍA Hoy me encuentro mejor. Supe que había usted venido ayer, pero estaba con la jaqueca. ¿Me dispensa usted que no le recibiera, verdad?

MEL. ¡Oh, señora!

CEL. A mí me contrarió mucho... el ataque de jaqueca.

MEL. ¡Celeste!... ¡Hé ahí un nombre admirablemente apropiado!

MARÍA Ruego á usted que no prodigue tantos elogios á la niña. Se la llena de viento la cabeza y no hay quien pueda con ella.

MEL. Esto no es viento, amable amiga; es justicia. Un nombre apropiadísimo.

FAUS. ¡Fuí yo quien se lo puse! ¡Celeste! La verdad que parecía un ángel... con aquellos mofletes tan coloraditos y...

MARÍA ¡Calla, babieca!

FAUS ¡María!

MARÍA ¡Faustino! (Gritando.)

FAUS. (Tosiendo.) ¡Ejem, ejem!... ¡Mujer, que hay gente delante! (Siguen hablando.)

CEL. (A Melchor.) Le ví á usted apearse del tranvía.

MEL. ¿Merecí que usted se fijase?...

- CEL. ¡Oh! Acababa de asomarme... Fué una coincidencia...
- MEL. Una coincidencia oportuna. Esas son las que hacen la felicidad... (Siguen hablando.)
- FAUS. (A María.) ¡Señora mía! Por lo menos hágame usted el favor de no desprestigiarme á los ojos del secretario de un Ministro. ¡Del Ministro de Estado!
- MARÍA. ¡Estoy en mi casa!
- FAUS. ¡Considere usted que es lo mismo que pisotear mi dignidad marital ante las naciones extranjeras!
- MARÍA. Si no quieres ser desprestigiado no abras la boca. ¡No dices más que necedades!
- FAUS. ¡Doña María! ¡Doña María! (Levantando la voz.)
- MARÍA. ¡Pichoncito mío! (Acercándose muy melosa y dándole un pellizco en el brazo.)
- FAUS. ¡Ay! (Grito de dolor.)
- MARÍA. ¿Qué hay? (Como si no supiese lo que significa el grito provocativa.)
- FAUS. ¡Ay!... ¡Ay!... (Amenazador. Transición.) ¡Si no la tuviese tanto miedo!
- MEL. (A Celeste.) Eso es lo que se llama magnetismo animal.
- MARÍA. (Acercándose.) ¿Hablaban ustedes de animales? Ven acá, Faustinito.
- MEL. (A Faustino.) Precisamente hablábamos de usted.
- FAUS. ¿De mí? ¡Caramba!
- MEL. Sí... Su sobrina me decía...
- CEL. Que un vago presentimiento me anuncia á las personas de mi estimación. Algo como una visión inconsciente. Yo lo probaba con este ejemplo... Salgo á la ventana... veo á un hombre que en nada se parece á mi tío... sin embargo, yo creo que lo es... Lo creo. Y aún no ha cesado la fascinación cuando el tío, en efecto, dobla la esquina.
- MEL. Y yo decía que eso es el magnetismo animal.
- FAUS. Permítame usted... Se trata sin duda de un fenómeno hipnótico...
- MARÍA. ¡Qué fenómeno! ¡Aquí no hay más fenómeno que tú!

- FAUS. ¡Mujer... la visión!...
- MARÍA ¡Quita de ahí!... ¡Visión! Si la señorita no se pasase todo el santo día en la reja, no la ocurrirían esos *quid pro cuos* que parecen juego de acertijos.
- ROSA (Por el foro derecha.) Señora; doña Vicenta está ahí.
- MARÍA ¡Doña Vicenta! ¡Que pase! ¡Que pase en seguida!
- MEL. ¿Visita? Entonces, me retiro...
- MARÍA Quédese usted. Es una vecina. Una viuda muy rica. La viuda de Carnero. El marido fué Ministro de Estado. Quizás usted lo conociera.
- MEL. Puede ser.
- CEL. ¡Es una señora insoportable!...
- MARÍA ¡A callar, niña! ¡Vaya una educación! ¡Insoportable! ¡Una señora riquísima!
- FAUS. Yo me escurro. (Pretendiendo irse. Doña María lo nota y le detiene.)
- MARÍA ¡Eh! ¡Quieto!
- FAUS. Mujer. Tengo que ir al Ministerio.
- MARÍA Quien esperó hasta ahora bien puede hacerlo un instante más. No sea usted grosero con las visitas.
- FAUS. Pero la visita no es para mí.
- MARÍA (Furiosa.) ¡He dicho que te quedas!
- FAUS. (Asustado.) ¡Y me quedo! ¡Me quedo! Aunque hoy obligaba la puntualidad. Se cobra.
- MARÍA ¡Ah! ¡Cuidadito con volver á la simpleza de los regalos! ¡El sueldo íntegro!
- FAUS. ¡Adiós mi dinero!

ESCENA VII

DICHOS Y DOÑA VICENTA

- VIC. ¡Amigamía! ¿Qué tal va, mi señor don Faustino?
- FAUS. ¡Perfectamente! ¡Perfectamente! (Saludos, etc.)
- VIC. (A Celeste.) ¡Ah! ¡El angelito de la casa! Cada vez más linda! (Saluda con una inclinación de cabeza á Melchor que la contesta del mismo modo.) Con

- el permiso de ustedes me siento. Vengo cansadísima. ¡Uff! Lo que cuesta subir y bajar esa dichosa escalera.
- MARÍA ¿Subir y bajar?
VIC. Sí. He subido a dejar unos billetes á los nuevos vecinos. No los he visto. La criada me dijo que se vestían para salir y no entré. ¿Los conocen ustedes?
- MARÍA No. Pero parecen gente que representa...
VIC. ¿Son cómicos?
- MARÍA Que representa socialmente... Han llegado antes de aver y ya ha venido una infinidad de gente á visitarlos. Hasta tienen un policía á la puerta constantemente.
- FAUS. ¡Eh! ¡eh! ¿Un policía? ¿Qué apostamos que son dos pájaros de cuenta que se nos han metido en la vecidad?
- VIC. ¡Puede! ¡Anda tanto bandido suelto por Lisboa.
- MEL ¿Qué quiere usted! Se ve la cara pero no el corazón.
- VIC. Caballero... (saludando de nuevo.)
MARÍA ¡Ab! Ustedes dispensen... ¿Qué cabezal se me olvidaba presentarles... Mi excelente amiga doña Vicenta de Carnero. . Don Melchor de Natividad, Secretario del Ministro de Estado.
- VIC. ¡Ministro! ¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡Agua! ¡agua!
- MEL. ¡Señora! ¡señora!
- FAUS. ¡Doña Vicenta!
- MARÍA (A Faustino con mal modo apartándole de un tirón del lado de la desmayada.) ¡Trae un vaso de agua! ¿Se siente mal, amiga mía?
- CEL. Será el tiempo. Como amenaza lluvia...
FAUS. ¡Aquí está el agua! (Trae un vaso.)
VIC. ¡Gracias! No es nada... Esto pasará. (Bebe.) Pasará... (Bebe todo el contenido del vaso.)
- CEL. ¡Ya pasó!
- VIC. Fué este señor.
- MEL. ¿Yo? Pido á usted mil perdones... Ignoro la causa...
- VIC. No. No tiene usted personalmente la culpa, caballero. Desde que ¡ay! se desvaneció en el túmulo la sombra venerada de mi esposo y

dueño, en cuanto veo un Ministro ó quien con él se relaciona intimamente, siento que la luz huye de mis ojos y el aire falta á mis pulmones. ¡Ay!

FAUS. ¡Ay! (Compungido como si la biciese coro. Doña María le mira furiosa. Faustino pasa al otro lado de la escena. Estará á la derecha.)

MEL. ¿El esposo de esta señora fué?

CEL. Ministro de Estado.

VIC. Un estadista eminentísimo. Facundo Carnero.

VIC. Murió dejando á su Vicenta desconsolada. ¡Yo sólo vivo del pasado, y cuando alguna cosa del presente aviva la hoguera interna de mis recuerdos, pierdo el sentido!

MARÍA Hay que olvidar, amiga mía. Aquí me tiene usted á mí que ya voy con el cuarto marido.

VIC. ¡Quisiera hacer lo mismo. ¡Pero no puedo!

MARÍA Es cuestión de costumbre... Cuando perdí á á mi primer marido, el General, sufrí mucho. Cuando perdí el segundo, el procurador, sufrí menos. Cuando perdí el tercero, el capitán de la Armada, no lo sentí apenas. Y si pierdo el cuarto...

FAUS. ¡Se pone usted á bailar, de seguro!

VIC. Cuestión de carácter.

FAUS. Mi mujer tiene el de Lucrecia Borgia.

MARÍA ¡Faustino!... ¡Que no me gustan las bromas!

FAUS. No es broma, señora. ¡Es historia!

MARÍA No está en el compendio que yo estudié.

FAUS. Tampoco está, de seguro, esa tabla de sentimientos graduados para cada marido que se va muriendo... Dolor de primera clase... De segunda... De tercera clase.. ¡El tren botijo de la amargura!

MARÍA (Furiosa.) ¡Botijo! ¡Botijo! ¿Es que quiere usted que tengamos una escena delante de los extraños.

FAUS. (Furioso también.) ¡Nada de escenas! Pero es muy desagradable para un marido, todavía vivo, saber que le han de llorar menos que al último muerto.

VIC. ¡Por el amor de Dios, señores! Si yo hubiera

- sabido que ocasionaba semejante trastorno conyugal no me desmayo.
- MARÍA ¡Oh! ¡No crea usted!... ¡Si es broma todo!
¿Verdad, Faus! ¡inito? (se acerca muy melosa y le da un pellizco.)
- FAUS. ¡Ay! (Grita.)
- TODOS ¿Qué?
- FAUS ¡Ay qué caramba! ¿Se hablan ustedes figurado que reñíamos de veras? ¡Cá! ¡Si ésta es lo más bromista! ¿Y yo? ¿Yo? (Otro pellizco.) ¡Uff!
- MARÍA (Aparte.) ¡Calla, vencejo!
- VIC. Pues yo venía con dos objetos. Invitar á ustedes á una fiesta que se proyecta y á rogarles contribuyan á su éxito con algún pequeño donativo.
- MARÍA Doña Vicenta, sabe que no tiene más que mandar.
- VIC. Muchas gracias. ¿Ustedes conocen el Club recreativo de Santa Bárbara?
- MARÍA ¡Que sí lo conozco! ¡Ya lo creo! He asistido á varias representaciones.
- FAUS. Es nuestro círculo.
- MEL. Tambièn yo soy socio.
- VIC. Entonces no necesitan mi invitación. Dentro de dos días, para la víspera de Navidad, se está preparando una gran fiesta, de la cual soy una de las organizadoras.
- MARÍA ¡Ah! ¿Sí?
- CEL. ¡Ay, tío! ¿Iremos?
- FAUS. No faltaba más.
- MARÍA ¡Tu tío irá donde yo le mande!
- VIC. Pues como decía. Se trata de una gran fiesta. Función teatral, después baile de trajes y tómbola. El producto de toda la fiesta se destinará á beneficio de los pobres. Para la tómbola necesito de usted. Le estimaría muchísimo regalase algún objeto.
- MARÍA ¿De qué género han de ser los obsequios?
- VIC. ¡Oh! Todo objeto es á propósito.
- FAUS. Oye, María. Podrías regalar aquel mono embalsamado que está sobre la bañera... y que dos veces me ha caído encima al zambullirme en el agua.

- MARÍA ;Estás loco? ¡Un mono que mi tercer marido el capitán trajo de Cuba! Preferiría darte á tí á dar ese bicho.
- FAUS. ;Estimando!
- MARÍA ;Oyen ustedes? ¡Un mono traído del otro mundo!
- FAUS. ;Y que por poco me envía á mí al ídem!
- MARÍA ;Diga usted, se pueden regalar joyas?
- VIC. Ya lo creo. Son los lotes más codiciados. La prensa publicará la lista... con la tasación. Yo dí un brazaletes de oro y unos pendientes de brillantes preciosos.
- MARÍA ;Pues yo también daré joyas!
- FAUS. (Asustado.) ¿Joyas?
- MARÍA Tengo una cantidad enorme de ellas que Faustino me ha regalado.
- FAUS. ;Mis joyas!... (A parte.) ;Abrete, tierra!
- MEL. ;Pobre don Faustino!
- MARÍA Yo nunca me las pongo. Tengo sumo gusto en ofrecerle algunas.
- VIC. No esperaba yo menos de su excelente razón.
- FAUS. ;María, escucha!... Las joyas son recuerdos de mi cariño... Para la tómbola se pueden comprar otras.
- MARÍA ;Esas! ¿No quería usted que regalase el mono de mi tercer marido? ;Pues tome usted mono!
- FAUS. ;Mujer!
- MARÍA ;Está dicho!
- VIC. No quisiera que por mi causa se desprendiese usted de joyas de familia.
- MARÍA No se hable más de ello. ¿Recibió usted el rastrillo?
- VIC. Sí, señora; gracias. Ya envié al portero á comprar otro igual.
- MARÍA Prestan magnífico servicio. ¿Quiere usted ver cómo dejan los paseos del jardín completamente limpios?
- VIC. Con sumo gusto.
- MARÍA ;Usted ha visto mi jardín, don Melchor?
- MEL. No, señora.
- MARÍA Entonces venga usted.
- MEL. ;Viene usted, don Faustino?

FAUS. ¿Yo?... (Aparte.) ¡Esto de las joyas me tiene loco!

MARÍA. Faustino tiene que ir al Ministerio.

FAUS. Es verdad. (Aparte.) ¡Ah, qué idea! (Alto.) Tengo que ir... Es día de rómula... Beso á usted los pies, doña Vicenta... Sobrinita... ¡Adiós, esposa mía! Don Melchor, (Estrechándole la mano y aparte.) tengo una gran idea. ¡Chist! (Mutis foro derecha)

MARÍA. Vamos. (A Melchor.)

MEL. Estoy a sus órdenes.

VIC. Tienen ustedes una casa lindísima.

CEL. (Aparte á Melchor.) ¡Gracias á Dios! Pues sí... yo le había á usted adivinado en el tranvía. (Mutis. Pequeña pausa. La escena sola. Luego Faustino asoma la cabeza con recelo, y asegurado de que nadie le observa, se acerca con gran precaución al secretaire.)

ESCENA VIII

FAUSTINO

Nadie... Magnífico... Es el único medio de conjurar la catástrofe... La llave está puesta... ¡Eureka! De un tiro mato dos pájaros... Las libro de la maldita tómbola y tengo una porción de regalos para Gloria... Las joyas... (Las coge, cayéndose la llave al suelo.) Estoy salvado... ¡Ah! Viene gente... ¿Cómo me escabullo? (Se esconde detrás del biombo próximo á la puerta.)

ESCENA IX

DICHO, PYGMALIAO, ÁNGELA y ROSA

ROSA. Hagan ustedes el favor de sentarse. ¿A quién he de anunciar á la señora?

ANG. A doña Angela Sereno y su hermano.

PYG. Dispensa, Angela. Anuncie usted á don Pigmaliao Sereno y su hermana.

- ANG. Pero...
- FIG. Anuncie usted así... ¡La autoridad es lo primero!
- ROSA ¿Ha dicho don Pigma?... ¿qué? Porque me he *liao*.
- FIG. ¡Ese, ese es mi nombre... Pigma... *liao*!
- ROSA Bien.
- ANG. Diga usted sólo que la vecina y...
- FIG. No. Diga usted que el vecino y...
- ROSA Diré... Los vecinos del piso de arriba... Es lo más sencillo. (Mutis.)
- PYG. (Aparte.) ¡Tiene talento esta muchacha!
- ANG. ¡Qué manía te ha dado de anunciarte siempre en primer lugar!
- PYG. No es manía, Angela. Es respeto á la ley.
- ANG. Donde hay una señora y un caballero, el primer puesto pertenece á la señora.
- PYG. ¡Yo no soy un caballero! ¡Yo no soy un hombre! ¡Yo soy una autoridad! Y la autoridad es lo primero y más esencialmente respetable en toda sociedad constituida legalmente.
- FAUS. (Detrás del biombo.) Ahora no miran... ¡Pies para qué os quiero! (Hace mutis foro derecha, tropezando ligeramente con el biombo que se mueve.)
- PYG. ¡Eh! ¿Qué ruido es ese?
- ANG. No sé... Yo creo...
- PYG. ¡Aquel biombo se mueve! (Asustado y muy receloso. Exagérese el tipo policiaco.)
- ANG. Lo de siempre. Ya empiezas á soñar misterios...
- PYG. Te digo que se mueve. (Cautelosamente mira tras el biombo.) ¡Nada!
- ANG. ¿Lo ves?
- PYG. ¿Cómo lo he de ver si te digo que no hay nada? ¡Y sin embargo, se ha movido! (Comienza á moverse y á registrar los muebles, etc.)
- ANG. ¡Por Dios, hombre, que pueden entrar!
- PYG. ¡Cumplo con mi deber! ¡La policía vela mientras la sociedad duerme! ¡Yo velo! ¡Debajo de ese sofá muy bien puede ocultarse un hombre!... (Se arrodilla ante el sofá para mirar debajo.)

ESCENA X

DICHOS. DOÑA MARÍA

- MARÍA. Ruego á ustedes me dispensen si... ¿Eh? ¿Qué es eso? ¡Un hombre andando á gatas en mi sala!
- ANG. (Apuñala. Tira del faldón de Pygmaliao, sin que éste se dé por entendido.) ¡Oh, señora! ¡Nosotros!...
- PYG. (Aparte.) ¡Nada! ¡No veo nada!
- MARÍA. Este caballero que está... así... de...
- ANG. Es mi hermano. Busca, busca un alfiler, que se me ha caído. ¡Pygmaliao! ¡Hermano! (tirándole del faldón.) La señora .. esta señora...
- PYG. ¡Ah! Señora, usted perdone.
- ANG. Veníamos á dar á usted un millón de gracias por la atención de su visita.
- PYG. Justamente. Cumplimos ese sagrado deber de cortesía, significándola á la vez cuánto ha sido nuestro pesar por no hallarnos en casa cuando con su presencia se dignó honrarla
- MARÍA. Yo también lo sentí. No sólo iba á ofrecerme como vecina. Deseaba tener el gusto de conocerles ..
- ANG. El gusto es nuestro.
- PYG. Me adhiero á la manifestación espontánea de mi hermana.
- MARÍA. ¡Ya! ¿Son ustedes hermanos?
- PYG. De*de chiquitines.
- MARÍA. Yo creía que eran marido y mujer.
- PYG. Esta es mujer, en efecto. Yo fui marido. ¡Hasta que mi consorte abandonó este mundo!
- MARÍA. ¿Es usted viudo?
- PYG. Sí, señora. Con mucho gusto.
- MARÍA. También tengo de visita una viuda. Esa es la causa de que les haya hecho esperar. Es vecina y también quiso visitar á ustedes.
- ANG. Será una señora que vino á traernos billetes cuando nos estábamos vistiendo.
- MARÍA. La misma. Doña Vicenta de Carnero.

- PYG. ¡Esa es! Justamente, lo del carnero, se me quedó en la cabeza!
- MARÍA Es viuda de un Ministro de Estado. Don Facundo Carnero. Un personaje de gran relieve. Quizás usted lo haya conocido.
- PYG. No... No tengo en la cabeza ningún carnero de relieve.
- MARÍA Aquí es más conveniente que en parte alguna la buena relación de los vecinos. Esto está un poco aislado.
- PYG. ¡La policía vela!
- MARÍA ¡No me hable usted de la policía! Es cosa casi desconocida. De noche... menos mal. Tenemos un vigilante nocturno, pero de día no vigila nadie. Ya habíamos pensado los vecinos en poner otro vigilante nocturno de día.
- PYG. Pues tengo el honor de participar á usted, para sus debidos efectos, que en lo sucesivo no necesitarán vigilante nocturno ni de día ni de noche. ¡Yo velo!

ESCENA XI

DICHOS, DOÑA VICENTA, CELESTE y MELCHOR

- VIC. Amiga mía, tiene usted un jardín precioso.
- MARÍA Precioso no; limpio nada más. Presento á usted á los nuevos vecinos, doña..
- ANG. Angela Sereno.
- VIC. Tanto placer...
- MARÍA El señor Sereno...
- PYG. Pygmaliao, señora, Pygmaliao. (Al dar la mano á doña Vicenta, ésta lanza un grito y se le queda mirando extasiada. Estupefacción general)
- VIC. ¡Ah!... ¡El!... ¡Agua!... ¡Agua!... (Cae en una silla.)
- PYG. (Aparte.) ¿Por qué la habré dado yo sed á esta señora?
- ANG. ¡Señora!
- MEL. ¡Doña Vicenta!
- CEL. (Aparte.) Lo de siempre.

- MARÍA No es nada. Es muy nerviosa... Vamos...
Amiga mía. (A Pygmallo.) Haga usted el favor de un vaso de agua.
- PYG. En seguida. (Llena una copa y se la lleva a Vicenta, que se levanta y lo mira como en éxtasis. El retrocede y ella avanza hacia él algunos pasos sin soltar la copa ninguno de los dos.)
- VIC. ¡Ah! ¡ah! ¡ah! (Con admiración.)
- PYG. ¿Pero qué le pasa á esta señora? (Asustado.)
- VIC. ¡Tú! ¿Eres tú? ¡Visión! ¡Huye! (Vuelve á caer sobre la silla.)
- MARÍA ¿Usted la conocía?
- PYG. ¡Es la primera vez que la veo!
- CEL. Entonces... Es que el señor tiene algo de Ministro.
- MARÍA ¿Se encuentra usted mejor?
- VIC. ¡Sí! ¡Gracias! ¡Gracias! (Volviendo á mirar á Pygmallo, aparte á María.) ¡Es su cara! ¡su misma cara!
- MARÍA (Aparte á Vicenta.) ¿La cara de quién?
- VIC. (Aparte.) ¡La cara de Carnero!
- MARÍA ¡Ah!
- VIC. Di-piensenme... Me siento tan nerviosa... tan emocionada... tan conmovida... Les dejo á ustedes.
- MARÍA ¿Va usted á su casa directamente?
- VIC. Sin duda.
- MARÍA Entonces, si no la causa incomodidad puede usted llevarse las joyas para la tómbola. Las tengo á mano. Aquí. (Va al joyero.) ¿Dónde habré dejado yo la llave? La dejé puesta...
- VIC. No se moleste. Me las dará mañana.
- MARÍA Es extraño... Y está cerrado.
- PYG. ¿Quiere usted abrir ese mueble?
- MARÍA Sí, señor. Pero la llave... No sé...
- PYG. ¡Oh! No es necesaria. Yo abriré si me da usted su permiso... Voy siempre prevenido. (Saca del bolsillo una ganzúa.)
- TODOS ¡Una ganzúa!
- PYG. Herramienta del oficio. (Abre el joyero.) ¡Ya está!
- MARÍA (Con mucho recelo.) Mu... chas gracias, ca... ballero... ¡Ah! ¡Robadas! ¡Robadas!

- PYG. Un robo. ¡Oh, qué sospecha!
- MARÍA. ¡Ni una joya! ¡Estaban todos aquí!
- PYG. Yo sé quién ha sido.
- MARÍA. ¡Me parece que yo también lo sé!
- PYG. (A Angela.) Bien te decía que se movía el biombo. ¡Oh! Mi ojo policiaco nunca se equivoca.
- MARÍA. Escuchen ustedes. El ladrón se halla en esta casa.
- TODOS. ¡En esta casa!
- MARÍA. Y le intimo á entregar inmediatamente lo robado so pena de dar parte á la policía.
- PYG. Procedamos con calma. (Aparte.) Aquí de mi vista. (Alto á Melchor.) Caballero, hace usted el favor...
- MEL. ¡Eh! ¿Qué quiere usted?
- PYG. ¡Nada de preguntas! ¡Quién pregunta soy yo! (Empieza á registrarle.)
- MEL. No me haga usted cosquillas. ¿Usted no sabe quién soy? Está usted en presencia del secretario del conde de Sinfaes.
- PYG. ¡El secretario del Ministrol... Mas entonces... ¡Oh, qué rayo de luz! ¡Aquellos desmayos, el terror al verme... (Va hacia doña Vicenta.) ¿Usted permite que la registre? (Se dispone á hacerlo.)
- VIC. ¡Caballero!... ¡Soy una señora decente!
- MEL. ¿Pero quién ha sido?
- PYG. (Con aplomo.) ¡Un ladrón!

ESCENA XII

DICHOS, FAUSTINO. Chorreando agua traje y sombrero

- TODOS. ¡El señor Consejero!
- FAUS. ¡Dos veces vine á por el paraguas, y al fin descargó la nube sobre mis costillas!
- MARÍA. Llegas á tiempo. ¡Nos han robado!
- FAUS. ¿Eh?
- MARÍA. ¡Nos han robado todas las joyas!
- FAUS. ¿Qué? ¿Robadas? ¡Las joyas! ¡Mis recuerdos de amor! ¡Ah! ¡Oh! ¡Qué horrible!
- MARÍA. ¡Pero conozco al ladrón!

- FAUS. ¿Eh? ¿Lo has visto? (A parte.) ¿Dónde estari?
 MARÍA No lo he visto robar, pero le sorprendí an-
 dando á gatas.
 FAUS. ¿Andando á gatas? (A parte.) ¡Entonces no
 soy yo!
 MARÍA ¡Y te exijo que lo entregues á la policia!
 FAUS. ¡Ca! ¡Nada de eso!
 TODOS. ¿Eh?
 FAUS. La policia... ¡Buena está la policia!
 PYG. (Muy ofendido.) ¡Caballero!
 FAUS. Te costará una gratificación y perderás las
 alhajas.
 PYG. ¡No la costará nada ni perderá nada! ¡Yo res-
 pondo de todo!
 MARÍA ¡Qué audacia! ¡El registro de mis muebles!
 ¡Las ganzúas!) (A Faustino.) ¡Coge á ese hom-
 bre!
 PYG. ¿A mí?
 ANG. ¿A mi hermano?
 MARÍA Entrégalo al Comisario de policia.
 PYG. ¿Entregarme á mí mismo? ¡Esta gente está
 loca!)
 FAUS. ¿Pero quién es usted?
 PYG. ¡El Comisario de policia!
 TODOS. ¡El Comisario!!
 FAUS. (A parte.) ¡María Santísima! ¡Este lo descubre
 todo!
 PYG. (A parte.) Yo bien quise traer el bastón, pero
 mi hermana se obstinó en que no era nece-
 sario para hacer visitas.
 VIC. (A parte.) ¡Comisario de policia! ¡Una auto-
 ridad!
 MARÍA (A parte.) Entonces, si no fué este hombre,
 ¿quién sería el ladrón?

ESCENA XIII

DICHOS y BERNARDO

- BER. (Entrando precipitadamente.) ¡Doña Vicenta!
 ¡Doña Vicenta!
 TODOS. ¿Qué ocurre?
 PYG. (A parte.) ¡Melo! ¡De dónde viene este ahora!

BER. ¡Gracias á Dios que al fin la encuentro!
VIC. Es mi portero.
BER. Sí señora, soy yo. ¡Ojalá no lo fuera!
VIC. ¿Qué le pasa á usted?
BER. ¡Ay, doña Vicenta! ¡Me quedé sin Gloria!
PYG. (Aparte.) ¿Por qué se habrá condenado este hombre?
BER. ¡Me han robado á mi mujer!... ¡Ha desaparecido de casa!...
FAUS (Aparte.) ¡Magnífico! ¡Eso ha sido por mí!

ESCENA XIV

DICHOS y ROSA

ROSA Una carta para el señor Consejero.
FAUS. Dámela. (Rosa sale)
VIC. Mas explíquese, Bernardo.
BER. ¡Que Gloria ha desaparecido!
PYG. (Aparte.) ¡Pero hoy desaparece todo!
FAUS. (Después de leer la carta. Aparte.) ¡Fugada por mi causa! ¡Me he lucido!
BER. ¡Esto no puede quedar así! Hay que prender á ese granuja que ha seducido á Gloria.
FAUS. (Aparte.) ¡Soy hombre muertero!
BER. Corro á avisar á la policía.
MARÍA Ahí tiene usted al señor Comisario.
BER. ¿Usted es el señor Comisario?
PYG. Sí, el mismo. (Bajo á Angela.) Ten paciencia, hermana mía. Sube al instante á casa y tráete el bastón, que la ocasión es solemne. (Angela sale.)
BER. ¡Ah! Entonces se lo cuento todo.
PYG. Explíquese, que ya le escucho.
BER. Esta mañana, la señora doña Vicenta, me llama y me dice: «Has de ir á Baixa á buscar un rastrillo.» Y yo la contesto: «¿Cuándo?» «Ahora mismo.» Salgo corriendo en busca de mi mujer y la digo: «Dame en seguida la comida que he de marchar á Baixa.» «Tendrás que esperar á que se haga.» Me dice ella. «Imposible.» La replico. «El caso es urgente.» «Pues vete sin comer.» Me dice.

«En ayunas no salgo.» La contesto. Y ella entonces me replica: «Quien quiera criados que los pague.» Y yo desesperado, la digo: «Gloria, no seas atrevida, que ya sabes cómo las gusto; cierra el pico ó te doy un bofetón.» «No será tanto.» Me dice con descaro. Entonces... «Toma.» Con su licencia, señor Comisario. ¿Se ha enterado usted?

PYG. ¡No, señor; no me he enterado de nada!
BER. Pues es bien fácil de comprender.. Yo la dije. .

PYG. ¡Sí, sí! Ya sé que «ella dijo y usted dijo...»
(Aparte á Angela que le ha entregado el bastón.) Esto es lo que me hacía falta. (Alto.) Ahora cállense todos, que voy á empezar á operar. Cerremos todas las puertas y que nadie entre ni salga. Voy á proceder al primer interrogatorio. Siéntense ustedes y guarden silencio. (Con énfasis.) ¡Va á hablar la Ley! (Todos se sientan.—Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La misma decoración

ESCENA PRIMERA

PYGMALIAO y ROSA

- ROSA Yo no sé si debo...
- PYG. ¡Eso usted lo sabrá!
- ROSA No sé si debo dejarle pasar.
- PYG. ¿No me conoce acaso? ¿No sabe quién soy?
- ROSA El vecino de arriba.
- PYG. ¡Más!
- ROSA ¿Más arriba?
- PYG. Soy el vecino de la justicia. El brazo de la ley, y en esa calidad de brazo, pongo el pie en esta casa. Soy el Comisario de policía y, véalo usted, (Mostrando el bastón.) ¡traigo el atributo!
- ROSA Mi señora se halla comiendo, y cuando come no recibe á nadie.
- PYG. ¿Ni aun trayendo el atributo?
- ROSA De esa manera...
- PYG. Anúncieme usted. Tengo mucha prisa.
- ROSA Me va á reñir.
- PYG. ¿No ha oído usted que tengo mucha prisa? No puedo esperar.
- ROSA Bueno, lo haré. (Va á salir. Se oye dentro gran estrépito de platos que se rompen.) ¡Ay! (Deteniéndose.)

- PYG. ¿Qué es eso? ¿Un terremoto?
ROSA No... No, señor... Es... La señora... La señora, que está comiendo.
- PYG. ¿La señora deja caer los platos cuando come?
ROSA No los deja caer. Los tira á la cabeza de los que están á su lado.
- PYG. ¡Horror!
ROSA El otro día por poco abre la cabeza á don Faustino.
- PYG. ¿Y él?
ROSA ¿El? ¡Se asustó mucho, el pobrecillo!
PYG. ¿Y .. nada más?
ROSA Recogió del suelo la dulcera... Porque ese día, en vez de un plato, fué una dulcera.
- PYG. ¡Claro! Tratándose de la persona más querida...
- ROSA Voy á anunciar á usted.
PYG. ¡No! ¡Caramba!
ROSA ¿No decía usted que tenía prisa?
PYG. ¿Yo? ¡Cá! ¡Ninguna! ¿Que he de tener prisa yo?
- ROSA Como usted dijo que no podía esperar...
PYG. ¿Dije eso? ¡Fué una equivocación! ¡Puedo!... ¡Vaya si puedo!... (Mayor ruido de platos dentro.)
- ROSA ¡Prrrum!
PYG. ¡Duro y á la cabeza! ¡Esta vez, por el ruido, me parece que ha sido la dulcera también!
- ROSA No. Hoy no está en casa don Faustino.
PYG. ¡Ya! Tiene el privilegio. (Más ruido.) ¡Zambomba! Comprará todos los días una vajilla. ¡Mire, joven, yo me voy!
- ROSA ¿Sin ver á la señora?
PYG. Sí. Seguramente sin verla... Puesto que no está el señor Consejero.
- ROSA Precisamente esa catástrofe la origina su ausencia. El no falta nunca á la hora de comer. Pero voy á decirle que usted...
- PYG. Volveré. (Más ruido.)
ROSA Pero...
PYG. Volveré después. ¡Qué manía! Hasta luego, hasta luego. (Va á hacer mutis. Sale doña María, lo ve de espalda, y confundiéndole con su marido, corre hacia él, le coge de una oreja y le baja al proscenio.)

ESCENA II

DICHOS y DOÑA MARÍA

- MARÍA ¡Alto ahí! ¡Bandido!
- PYG. ¡Ay! ¡ay! ¡ay!
- MARÍA ¡Granuja! ¿Le parece á usted que son horas de venir á comer?
- PYG. ¡Pero si yo he comido!
- MARÍA (Reconociéndole.) ¡Ah! ¿Es usted?
- PYG. ¡Sí, señoral... ¡Yo soy!
- MARÍA Perdóneme. Creí que era el truhán de mi marido. Como esa tonta nó me ha anunciado...
- ROSA ¡Señora... yo!...
- MARÍA ¡Silencio!
- PYG. Fué mía la culpa. Yo...
- MARÍA ¿La defiende usted? ¿Defiende usted á una criada? ¡Lo mismo que mi marido! ¡Vamos! ¡Está visto! ¡Todos los hombres son iguales!
- PYG. ¡Señora! Yo no hablo en defensa de la muchacha, si no en defensa de la justicia. De la justicia, de que soy indigno miembro.
- MARÍA Está bien. (Pausa) ¡A la cocina!
- ROSA Es que conste que...
- MARÍA ¡Fuera dijel
- PYG. ¡A la cocina, mujer, á la cocina! (Aparte.) ¡Quién pudiera hacer el mismo viaje!
- ROSA Está bien, está bien. (Aparte.) ¡Nunca sabe una cuando acierta!

ESCENA III

DOÑA MARÍA y PYGMALIAO

- MARÍA Son lo mismo, señor Sereno. ¡Criadas y maridos!
- PYG. En efecto, señora. Maridos y criadas...
- MARÍA La vuelven á una mala por fuerza. Yo era antes una paloma.
- PYG. Lo creo. Lo creo. Todavía se ve.

- MARÍA Y eso que en este tiempo anochece muy temprano.
- PYG. No obstante. Se ve.
- MARÍA ¿Qué hora es? Me tiene furiosa la tardanza de mi marido. ¡Furiosa! ¿Qué hora es, hombre, no ha oído usted?
- PYG. Sí, sí... (Aparte.) La digo que es más temprano y así irá todo como una seda. (Alto.) Son... son las seis y siete.
- MARÍA ¿Las seis y siete? ¡Su reloj de usted es un cangrejo.
- PYG. Señora... Un Waltham.
- MARÍA ¡Un cangrejo! Anda hacia atrás. ¿Hace un gran rato que eran las seis y quince y ahora son las seis y siete? ¡A ver ese reloj!
- PYG. ¡El!...
- MARÍA ¡El reloj, hombre, el reloj! (Se saca el reloj del bolsillo y lo mira.)
- PYG. (Aparte.) ¡Ahora es cuando me pega!
- MARÍA ¡Las seis y veinte!
- PYG. ¡Juro á usted, señora, que los veinte no eran cuando yo lo miré!
- MARÍA ¡Y aquel sinvergüenza sin parecer! ¡Si lo cojo! ¡si lo cojo! Mire usted, si lo cojo... (Además de retorcerle el cuello.)
- PYG. (Aparte.) ¡Si pudiera largarme!
- MARÍA ¡Oh, qué idea! ¡Usted defendió á la criada!
- PYG. ¡Usted me engañó en la hora!
- PYG. No la engañé... Me engañé si acaso.
- MARÍA ¡Usted es cómplice de mi marido!
- PYG. ¡Yo! ¡Una autoridad!
- MARÍA ¿A qué ha venido usted?
- PYG. He venido por el asunto de las joyas.
- MARÍA Bueno. ¿Y qué hay de mis joyas?
- PYG. ¡Que han sido robadas!
- MARÍA ¡Bonita noticia! Y entre tanto el ladrón habrá escapado.
- PYG. El ladrón no huye, señora; el remordimiento le obliga á permanecer en el lugar donde cometió el crimen. Yo no doy importancia á esas pequeñeces, sigo siempre mi camino sin cambiar de método. Para mí el método es lo principal y nunca mando perseguir al delincuente sino después de tener organiza-

do el proceso, según las fórmulas que la ley prescribe y las bases que el Código establece.

MARÍA

¿Y á decirme ese cúmulo de tonterías vino usted á mi casa?

PYG.

Vengo para seguir la pista de los malhechores. ¿No son de la casa? Hay que buscarlos fuera.

MARÍA

¡Claro!

PYG.

Ya pensé en ello. Después de comer me asomé á la ventana que da á su jardín. ¿Quién sabe, me dije á mí mismo y en voz baja, si por ahí entró el criminal? ¿Si dejó huellas de sus pisadas que basten á descubrirle? Todo consiste aquí en que el ladrón de sus joyas usase zapatos, y pensando en eso descendí á su casa.

MARÍA

¡Señor Sereno! ¡Nadie ha descendido al venir á ella!

PYG.

Modificaré la locución. Ascendí del segundo piso al entresuelo.

MARÍA

¿Eh?

PYG.

Ascendí... moralmente hablando.

MARÍA

¡Ya!

PYG.

Para observar las huellas de las pisadas.

MARÍA

¡Siento pasos! ¡Ah! ¡Gracias á Dios que podré desahogarme! ¡Ahí está mi marido!

PYG.

(Aparte.) ¡Infeliz! ¡Veo alzarse entre crespones la silueta del patíbulo!

ESCENA IV

DICHOS y FAUSTINO. Entra alegremente cantando. Al ver á su mujer cambia bruscamente fingiéndose cansado y afligido

MARÍA

(Con fingida amabilidad.) ¡Faustino!

FAUS.

¿Eh? ¡Ay, ay! ¡No puedo más! (Se deja caer en un sillón.)

MARÍA

¿Qué tienes, vidita mía?

FAUS.

El cansancio... El hambre... El... (Va á levantarse, para huir.)

MARÍA

¡No! ¡No te muevas! ¡Quédate así!

PYG.

¡No se mueva usted! ¡Quédese así!

- FAUS. (Aparte.) ¡El Comisario! ¡Horror! ¡Ya tenemos otra vez el asunto de las alhajas!
- MARÍA ¿De dónde vienes tan cansado, amor querido?
- FAUS. De... Del Ministerio!
- MARÍA ¡Pobrecito! ¡Y luego hablan de la falta de celo en los empleados públicos!
- FAUS. (Aparte.) ¡Ay, si estalla! ¡Si estalla!... (Alto.) El Ministro estuvo hasta hace poco en su despacho.
- MARÍA ¿Y el secretario también estuvo?
- FAUS. ¡También!
- MARÍA Me tenías muy intranquila. Al vecino se lo estaba diciendo. ¡Dios quiera que no le haya ocurrido algún percance á mi Faustinito adorado!
- PYG. ¡Sí es verdad! (A Faustino.) ¡No lo crea usted!
- FAUS. ¡Naturalmente!
- MARÍA ¿Estarás muy débil?
- FAUS. Mucho... Sin comer...
- MARÍA ¡Claro! ¡Sin comer á estas horas!... ¿Qué hora es? ¿Sabes?
- FAUS. No. No lo sé. Mi reloj está parado.
- MARÍA ¡Parado! ¡Ya le daré yo cuerda! El del señor anda. ¿Verdad que anda? A ver. ¡Enséñeme usted su reloj. (Furiosa ya.)
- PYG. Sí... Sí señora... Anda. (Saca el reloj; Doña María lo coge y se lleva á Pygmaliao á remolque tirando de la cadena.)
- MARÍA ¡Vea usted! ¡Vea usted! (A Faustino.)
- PYG. ¡Eh! ¡Mi cadena! ¡Mi cadena!
- MARÍA Vea usted. ¡Las seis y treinta y cinco! (Gritando.)
- FAUS. (Retrocédiendo.) ¡Ya lo he visto! ¡Te juro que lo he visto!
- PYG. ¡Señora! ¡Señora! ¡Mi cronómetro!
- MARÍA ¡Es usted un miserable! (María, en un tirón, se ha quedado con el reloj y cadena en la mano. Transición, á Pygmaliao.) Tome usted y dígame á su hermana que le cosa más fuerte los ojales del chaleco.
- PYG. ¡Si se ha llevado usted el pedazo!
- MARÍA (Volviéndose de nuevo furiosa á Faustino.) ¡Un miserable!

- FAUS. ¡Mujer! ¡Que hay gente de fuera!
- PYG. ¡Oh! ¡No importa! ¡Soy de confianza!
- MARÍA ¡Así verán que te trato como mereces! ¡Carcamal! ¡Mono ridículo! (Persiguiéndole.)
- FAUS. (Huyendo. Al pasar junto á Pygmaliao.) ¡Eh! ¡Eh! ¡Mujer! ¡María! Ruego á usted, señor Comisario, que no haga caso... Es una broma... Mi mujer es tan bromista...
- PYG Si se la ve. Se la ve á la legua. Nada, por mí no hagan ustedes cumplidos. ¡Sigan! Yo, con su permiso... (Indicando el mutis.)
- MARÍA ¡Usted no se mueve de aquí! ¿No es usted el representante de la justicia? ¡Quiero que vea usted que también sé yo hacerla!
- PYG Usted perdone. Yo tengo mucho placer en presenciar esos alegres y dulcísimos coloquios amorosos conyugales que hacen un paraíso del hogar doméstico. Pero me conmueven demasiado. Recordará usted que vine para examinar en el jardín las huellas del crimen. Está anocheciendo, y si las sombras invaden el espacio por completo, no podré dar con las huellas...
- MARÍA Tiene usted razón... Vamos al jardín.
- FAUS. ¿Y la comida?
- MARÍA ¡La comida! ¿Se atreve usted á hablar de la comida?
- PYG. ¡No hable usted de eso, hombre! (Aparte á Faustino.) ¡Mire usted que hoy había dulce de postre!
- MARÍA Yo ya comí. Su sobrina de usted ya comió. La criada ha comido ya.
- FAUS. Todos han comido... menos yo.
- MARÍA Haber venido á la hora. ¡Esto no es un restaurant!

ESCENA V

DICHOS y MELCHOR

- MEL. ¡Señora!
- FAUS. (Aparte.) ¡Ahora va á ser ella!
- MARÍA ¡Buenas tardes.
- MEL. Señor Comisario...

- PYG. Caballero...
- MEL. ¿Y usted, don Faustino? ¿Qué tal desde esta mañana?
- FAUS. (Aparte.) ¡Bárbaro!
- MARÍA ¡Cómo! ¿No se han visto ustedes en el Ministerio?
- MEL. No tuve ese gusto.
- FAUS. (Aparte.) ¡El fin del mundo!
- MARÍA (A Faustino.) ¡Pichoncito! ¿Pues no habíamos quedado en que habías despachado toda la tarde con el secretario y el Ministro?
- FAUS. Me parece que te equivocas.
- MARÍA ¿No fué así.. señor Sereno?
- PYG. Por lo menos... A mí me parece..
- FAUS. Mira. Lo que yo dije fué que había estado con el Ministro y secretario...
- MARÍA ¡Luego... confiesas...!
- FAUS. Claro... Pero es que Ministro y secretario de Estado... son una misma cosa... mujercita mía.
- PYG. Eso es... mujercita... ¡suya!
- MARÍA ¡Ah! ¿Una misma cosa?... ¡No está mal urdido! (Al Comisario.) Vamos al jardín. (A don Faustino.) Nosotros después seguiremos la conversación. Porque esperes no perderás nada. (Salen doña María y Pygmalio.)

ESCENA VI

FAUSTINO y MELCHOR

- MEL. Me parece que doña María está hoy mucho más suave.
- FAUS. ¡Sí... como un guantel
- MEL. ¿Hubo escena?
- FAUS. Mi vida es un drama perenne, amigo mío; un drama del género trágico.
- MEL. Yo no sé si fuí indiscreto al dejar entender que no nos habíamos visto desde esta mañana.
- FAUS. Sí, señor. Lo fué usted. ¡Pero qué manía la suya de decir la verdad!

- MEL. ¡Cómo iba á suponer!...
- FAUS. No se necesita ser un lince para creer que mi mujer está celosa.
- MEL. ¡Usted la da motivo!
- FAUS. (Con petulancia.) ¡Sí! ¡Eso sí! ¡Ahora sí! ¡La doy motivo!
- MEL. ¿Y quién es ella?
- FAUS. ¡Ah! ¡Es un secreto!
- MEL. ¡A voces! ¿Quiere usted que se lo diga? Es Gloria. La mujer del portero de doña Vicenta. Lo conocí en la cara que usted puso cuando entró el marido esta mañana á darnos noticia del rapto.
- FAUS. ¡No! ¡Yo no la he raptado! Las cosas en su punto. A mí no ha hecho más que participarme su fuga...
- MEL. Ande usted con cuidado. Yo conozco á Bernardo. Es un animalote. Le llaman «Brazo de hierro.»
- FAUS. ¡No se fie usted de motes!
- MEL. Bernardo ha ejercido de Hércules en el Circo. Yo mismo le ví en Cintra un día de feria, en la plaza pública, matar á un borrico de un puñetazo.
- FAUS. ¡Zapateta!
- MEL. Como se lo digo. Un solo golpe en la cabeza. ¡Zás! ¡Le aplastó los sesos!
- FAUS. ¡Estoy perdido!
- MEL. ¡Si sabe que su mujer se entiende con usted!...
- FAUS. Como en Cintra. ¡Zás! ¡Soy borrico! ¡Digo, soy hombre muerto!
- MEL. ¿Pero por qué anda usted en esos líos?
- FAUS. Si yo no pasaba de la puerta. Pero esta mañana recibí una carta de Gloria... Mire usted... Aquí la tengo. (La carta del primer acto. La lee. Melchor hace lo mismo por encima del hombro de don Faustino.) «Señor don Faustino. Si no es usted hombre sin corazón... comprenderá que hago...»
- MEL. ¡Sin hache!
- FAUS. «Que hago por usted un sacrificio horrible.»
- MEL. ¡Horrible sin hache también!
- FAUS. ¡Claro! ¡Para que sea más horrible todavía!

- (Leyendo.) «Seducida por sus palabras abandono á Bernardo. Estoy sola en el mundo.»
- MEL. Continúe.
FAUS. «Mañana, á las dos de la tarde, le espero en el colmado de la esquina. Venga. Urgue.»
- MEL. ¿Eh?
FAUS. ¡No! ¡Urge! ¡Urge!
MEL. ¿Y usted, qué hizo?
FAUS. Fui al colmado.
MEL. ¿Y allí?
FAUS. La deslumbré encajándola todas las joyas de mi mujer en un solo lote. ¡Veintiocho pesetas de quincalla!
- MEL. ¡Es usted un genio!
FAUS. Se hace lo que se puede..
MEL. ¿Y luego?
FAUS. Me pidió dinero para habilitar el nido donde hayamos de arrullarnos... ¡Mil pesetas!
¡Un nido delicioso!
MEL. ¡Con tal que no salga usted desplumado!
FAUS. Como acababa de cobrar, no vacilé.
MEL. ¡Tenorio!

ESCENA VII

DICHOS y BERNARDO

- BER. (Dentro.) ¿Por aquí?
FAUS. ¡Eh! ¿Esa voz?
MEL. ¡Es el marido!
FAUS. ¿Bernardo?
MEL. ¡Creo!..
FAUS. Ye... yo sí que creo... ¡Creo... creo en Dios padre!..
BER. (Entra remangándose las mangas del chaquetón.) ¡Con el permiso de ustedes!
FAUS. (Aterrado Aparte.) ¡Qué puños! ¡Qué puños!
MEL. (saliéndole al encuentro.) ¿Dónde va usted, Bernardo?
BER. ¡Vengo en busca de don Faustino!
FAUS. (Más aterrado.) ¡En busca mía!
BER. Necesito hablar á usted.

- MEL. Bernardo... En este momento...
- BER. (Enérgico.) ¡Lo necesito!
- FAUS. (Aparte.) ¡Me veo cadáver!
- MEL. Ya lo oye usted... Si estorbo...
- FAUS. (Rápido, deteniéndole.) ¡No! ¡Qué ha de estorbar usted, hombre! ¡Quietol (Aparte.) Este aquí... Y el Comisario en el jardín. ¡Puede que me salve!
- BER. Lo que tengo que decir á don Faustino no es ya desgraciadamente un secreto para nadie. Se trata de mi mujer.
- FAUS. ¡Ah! ¿De?... ¿De su mujer?
- BER. ¿Usted lo ignora?
- FAUS. ¡No! Cómo ignorar... Lo sabía... sin saberlo... Oí decir... Pero no lo tenía presente...
- BER. ¡Oh! ¡El canalla!
- FAUS. ¡Presente!
- MEL. }
BER. } ¿Eh?
- FAUS. Eso... Que no lo tenía...
- BER. ¡Me la han robado!
- MEL. ¿Y cómo fué?
- BER. Verá, señorito. Esta mañana vino ella aquí con un recado de la señora. Tardó en volver y yo la reñí. Me levantó la voz.
- MEL. Y usted levantó el brazo...
- BER. Sí; la hice una caricia... Luego tuve que salir en busca de un rastrillo, y al regresar, encontré sobre la mesa un papel que decía: «¡Hasta hoy te he aguantado! ¡Hasta hoy te he sufrido! ¡Hasta aquí llegó mi paciencia! ¡Hasta nunca! Gloria.» ¡Y un garabato!
- MEL. Y como si lo viera. ¡También á usted le habrá puesto hastas sin hache!
- BER. Sí, señor; sí. ¡Sin hache estaban! Y todo eso es cosa del ladrón que me la ha robado. ¡Ah, pero en cuanto le coja le arranco la piel!
- FAUS. (Aparte.) ¡Me veo petaca!
- MEL. ¡Calma, Bernardo, calma!
- FAUS. (Aparte á Melchor.) ¡Eso, eso! ¡Cálmele usted!
- MEL. Hay muchas mujeres en el mundo.
- FAUS. ¡Uff! ¿Si hay? Ayer leí en una estadística que sólo en Europa hay veinte millones seiscientos setenta y tres mil ochocientos

- veinticuatro mujeres y un quebrado... ¡Ya ve usted si tiene dónde elegirl!
- BER. Pero como mi Gloria no hay otra. Y luego... no es sólo por ella. Es por mi nombre. Lo que han hecho con mi nombre es una cosa muy fea.
- FAUS. Puedo jurar á usted que no hay nada feo todavía.
- BER. ¿Qué? ¿Cómo lo sabe usted? ¿Usted conoce al raptor? Dígame quién es. ¡Y me lo como!
- FAUS. ¡Bernardo!... Yo no puedo consentir que por mi causa sufra usted una indigestión... Sería un cargo de conciencia.
- BER. ¡Dígamelo usted! ¡Dígamelo usted, don Faustino!
- MEL. ¡Sí, hombre; dígaselo usted!
- FAUS. ¡Dale! ¡Si no lo sé! ¡Hablaban en hipótesis!
- BER. ¡Yo lo encontraré! Para eso he venido á su casa. Quiero que me aconseje qué camino debo tomar.
- FAUS. ¡El más largo!... ¡Es el más seguro!...
- BER. Dígame usted: ¿busco yo, ó entrego el caso á la policía?
- FAUS. A la policía. Usted no se ocupe de nada. No se mueva siquiera. La policía lo hará todo. Precisamente en el jardín está el Comisario. Acompañe usted á Bernardo, don Melchor, y recomiende su asunto en mi nombre.
- MEL. Con mucho gusto. Venga usted. (A Bernardo.)
- BER. ¡Ah! ¡Don Faustino!
- FAUS. (Aparte.) ¡Zapateta!
- BER. Le deberé á usted un gran favor. ¡Gracias, don Faustino!
- FAUS. No hay de qué, Bernardo; se lo aseguro.
- BER. Yo soy agradecido. Como prueba de mi reconocimiento... le ofrezco á usted regalarle una de las orejas del pillete por quien Gloria me abandona.
- FAUS. No se moleste usted. ¡No hago colección!
- BER. ¡Daré con él! Y en cuanto dé... mire, lo cojo así... (Cogiendo á don Faustino por un brazo.)
- FAUS. (Aparte.) ¡Ay, qué me coge!
- BER. Cierro el puño... levanto el brazo... (Lo hace.)
- FAUS. (Aparte.) ¡Como en Cintra! ¡Como en Cintra! (Muy apurado.)

- BER. Y en medio de la cabeza ¡zás!
- FAUS. ¡Av! (Aparte.) ¡Este tío debía estar en la cárcel!...
- MEL. Venga usted, venga usted, Bernardo, antes que el Comisario se marche. (Se lo lleva foro izquierda.)
- FAUS. (Cuando los ha visto desaparecer.) ¡¡Asesino!! Eso no es un hombre, es un salvaje auténtico. A todo esto, yo sin comer. Castigado como los chicos. ¡Me largo! Es un medio de retrasar la hora de la tempestad con mi mujer, porque la tempestad es infalible... Una hora de vida es vida. ¡Al restaurant! Luego veré á Gloria. (Cantando.) *Frou-Frou, Frou-Frou, este es el vals de moda.* (Al volverse para hacer el mutis, doña María le corta el paso saliendo foro izquierda.)

ESCENA VIII

DOÑA MARÍA y FAUSTINO

- MARÍA ¡Avechicho! ¡Sicalíptico! ¡Desvergonzado!
- FAUS. ¡Cataplúm!
- MARÍA ¡Ahora te daré yo *Frou-Frou!*
- FAUS. Pero gatita mía, si cantaba pensando en ti
- MARÍA Nada de zalamerías. Venga el dinero del mes.
- FAUS. (Aparte.) ¡Ay, ay, ay! (Alto.) ¿No podríamos dejar eso para después de la comida? ¡Me estoy cayendo de necesidad!
- MARÍA ¡Te aguantas! ¡Venga el dinero, dije!
- FAUS. ¡Toma, mujer, ahí está! (Dándola algunas monedas.)
- MARÍA ¡Diecisiete pesetas!
- FAUS. ¡Y tres perros chicos!
- MARÍA ¡Faustino, Faustino! ¿Qué quiere decir esto?
- FAUS. ¿Eso? Verás. Tuve algunos gastos extraordinarios... Me afeité...
- MARÍA ¿Pero tú quieres que te estrangule?... ¡Mil pesetas en una barba!... ¡Mira, no me hagas perder la paciencia! Trae todo el dinero.
- FAUS. (Decidido.) Pues bien... ¡no lo tengo!

- MARÍA ¡Te mato!
- FAUS. ¡Señora!...
- MARÍA ¿En qué lo has gastado? ¡Dilo! Dilo en seguida ó hago una barbaridad.
- FAUS. (Aparte.) ¡Y la hace! ¡Vaya si la hace!
- MARÍA ¡Habla, habla! Y como tus explicaciones no sean claras y terminantes, como las pruebas no sean convincentes... Créelo... ¡Hoy te cae la lotería!
- FAUS. (Aparte.) ¡Ab! (Alto.) ¡Eso! ¡Eso ha sido! ¡La lotería! Mil pesetas. Un billete entero... de la de Navidad de España.
- MARÍA Eso no puede ser, puesto que se ha jugado hoy.
- FAUS. Es que lo tenía pedido con anticipación á un lotero y hoy le he girado su importe.
- MARÍA ¿Y quién le manda á usted jugarse el dinero, vicioso?
- FAUS. Nadie... Hice mal... Pero no pude resistir la tentación. ¡Era un número sugestivo! ¡Qué número! ¡Ah! ¡El me recordó la fecha más feliz de mi vida!
- MARÍA ¡Sí! ¿Qué número es?
- FAUS. Es... es... el... ¡El 1801!
- MARÍA ¿Y qué?
- FAUS. Mujer... El 18. . Un dieciocho de Mayo te llevé al altar. Yo... ¡el cero! A tí... el uno... ¡El número uno de las mujeres y de las esposas! ¡Un número simbólico! Algo así, como un jeroglífico comprimido.
- MARÍA ¿De veras? ¿De veras has tenido esa corazonada cariñosa?
- FAUS. ¡La tuve!
- MARÍA ¿Y compraste el billete en memoria de la fecha de nuestro enlace?
- FAUS. Del enlace del cero con el uno... (Aparte.) ¡Se la traga! (Alto) ¿Me perdonas?
- MARÍA No sólo te perdono... Te lo agradezco.
- FAUS. (Aparte.) ¡Se la tragó!
- MARÍA ¡No creí que abrigases un alma tan poética!
- FAUS. ¡Eres injusta conmigo!
- MARÍA ¡Te amo tanto! (Con languidez; apoyándose en él)
- FAUS. (Aparte.) ¡Ay, Dios mío!
- MARÍA Ese rasgo delicado y tierno..

- FAUS. (Aparte.) ¿A que lo pago caro?
MARÍA ¡Faustino! ¡Faustinito! (Muy melosa.)
FAUS. ¡María! (Idem.)
MARÍA (De pronto; desconfiada; cambio brusco de tono.) ¡A ver el billete!
- FAUS. ¿El?... (Aparte.) ¡María Santísima!
MARÍA ¡¡El billete!
FAUS. (Buscando en los bolsillos) Va... mujer... Aquí... No... Aquí... ¡Ah! ¡Qué cabeza la mía! ¡Me lo he dejado en el despacho!
- MARÍA ¿De veras?
FAUS. ¡Sí! Cerrado con llave en el primer cajón de la derecha de mi mesa. Me lo aconsejó Rolinho. ¿No le conoces?
- MARÍA ¡No!
FAUS. Bueno, pues... mi escribiente. Me dijo: «Se le puede á usted perder... Se lo pueden robar...» ¿Y ahora me permitirás que coma?
- MARÍA Más que eso... Te acompaño al restaurant.
FAUS. (Aparte.) ¡Me partió!
MARÍA Me voy á vestir... Saldremos juntos... muy juntitos. ¡Ay! Como en la fecha que ese número simboliza y recuerda. ¡Comeremos en gabinete reservado!
- FAUS. (Aparte.) ¡Pero si tú ya has comido!
MARÍA No importa; repetiré... ¿Estás contento?..
FAUS. ¡Mucho! ¡Loco de alegría!
MARÍA Pero... Antes de salir... ¡Faustinito! (Tendiéndole los brazos.)
FAUS. ¡María! (Se abrazan.)

ESCENA IX

DICHOS y DOÑA VICENTA

- VIC. (Viéndolos.) ¡Ah! ¿Qué es esto? ¿Qué es lo que veo? ¡Ay! ¡Ay! ¡Agua! ¡Agua!
MARÍA (Acudiendo á ella.) ¡Doña Vicenta! (Como reclamando, aparte.) ¡Faustino!
FAUS. Llama á Rosa, hija; que yo me voy á comer. ¡Son las siete de la tarde! (vase.)

ESCENA X

DOÑA VICENTA y DOÑA MARÍA

- MARÍA ;Vecina! ¿Pero qué ha sido ello?
VIC. Discúlpeme usted... No puedo evitarlo... En viendo ciertas cosas...
- MARÍA ¿Qué cosas?
VIC. Desde que falleció mi marido, no puedo ver dos esposos abrazarse sin desvanecerme...
- MARÍA ¡Qué tontería!
VIC. Soy así. No crea usted que es sólo con las personas... Hasta con los animales me sucede lo mismo. Tuve que vender mi palomar porque en cuanto veía darse los piquitos á una pareja... ¡me desmayaba!
- MARÍA Eso es una enfermedad... Debe usted consultar al médico.
VIC. (Bajando los ojos ruborizada; suspirando.) ¡Ya lo consulté.
- MARÍA ¿Y qué dijo?
VIC. No me atrevo á repetir...
- MARÍA ¿Por qué?... Una casada puede oírlo todo.
VIC. Pero... el pudor.
- MARÍA ¡Ah! ¿Tiene que ver el pudor con la fórmula recetada?
VIC. Según... Para muchas, no... Pero para mí... ¡Tan enamorada de mis recuerdos!
VIC. Vamos... ¿Qué remedio fué?
- MARÍA Me reconoció con detención y me dijo: «Señora mía, su físico goza de excelente salud. su dolencia es toda moral. En las farmacias no venden remedios para ella; el remedio, únicamente lo encontrará en la iglesia.»
VIC. ¡Ah! Le aconsejó á usted casarse?
VIC. Sí, amiga mía. Me aconseja que repita el Carnero...
- MARÍA Y tantos espavientos por una cosa tan natural... Usted es joven, cátese, doña Vicenta... La medicina no tiene nada de desagradable.

ESCENA XI

DICHAS, BERNARDO y PYGMALIAO que aparecen foro izquierda

- BER. Quedamos, señor Comisario, en que mañana á las dos...
- PYG. En mi despacho. (siguen hablando.)
- VIC. ¡Esa voz! ¡Es él! ¡El!
- MARÍA ¿Qué la pasa á usted ahora?
- VIC. Nada... No es nada... Diga usted, doña María, usted que ha tenido cuatro esposos, ¿cree usted en los aparecidos?
- MARÍA ¡Qué atrocidad! ¡Bueno fueral...
- VIC. Pues yo... ¿Ve usted la cara de aquel caballero?
- MARÍA ¿Del Comisario?
- VIC. ¿Qué le parece á usted?
- MARÍA ¡Muy feo!
- VIC. ¡Ah! Es la misma cara de mi Facundo. ¡La misma!
- MARÍA ¡Vamos! Ahora comprendo los desmayos de esta mañana...
- VIC. Sí, señora... No pude resistir la emoción...
- MARÍA Acuérdense de que es prescripción facultativa. Y puesto que está tan cerca la farmacia ..
- VIC. Ahí viene.
- PYG. A las dos en punto. (A Bernardo.)
- BER. No faltaré. Con el permiso de las señoras... (saluda y vase.)

ESCENA XII

DOÑA MARÍA, DOÑA VICENTA y PIGMALIAO

- MARÍA ¡Adelante! ¡adelante!
- PYG. (Aparte.) La de los ocho mil duros. ¡Mi sueño dorado!
- MARÍA ¿Ha encontrado usted algún indicio?
- PYG. Sí, señora. Gracias á Dios y al talento espe-

cial que la Naturaleza me otorgó para policía, jamás dejo de hallar medios. He encontrado uno precioso.

MARÍA

¿Cuál?

PYG.

¡Que no existe ninguno!

MARÍA

¡Carambal

PYG-

Reuní todos los antecedentes, y por espacio de mucho tiempo, me dediqué á perseguir las pisadas que en sentido transversal de Este á Sudeste, se observaban en el suelo del jardín, partiendo de la oficina culinaria, vulgo cocina, y encontrándose el meridiano del jardín con la diagonal formada por el ángulo del acirate que da frente al surtidor y por el triángulo rectilíneo que precede á la elipse de la barraca que sirve de guarida nocturna y diurna á las gallinas y patos.

VIC.

(A doña María) ¡Habla muy bien hombre! ¡Parece que estoy oyendo á mi difunto Carnero!

PYG.

¿Supongo que se habrán ustedes hecho cargo de la situación de las pisadas á que he tenido la honra de referirme?

VIC.

¡Ya lo creo!

MARÍA

Por mi parte no señor.

PYG.

Es que usted no está familiarizada con el tecnicismo policiaco. Lo explicaré gráficamente. Aquí está la cocina. Con su permiso. (Coge la mano de doña María.) Usted será el gallinero... Esta señora... (Doña Vicenta se levanta.) No se moleste. Usted será el surtidor.

VIC.

¿Cómo?

PYG.

Se trata de una hipótesis, una mera hipótesis. Yo soy las pisadas. Ahora vienen de la cocina, así (Anda.) rodeando el surtidor. (Da vueltas alrededor de Vicenta.)

VIC.

¡Ay, qué impresión me causa el verme rodeada por este hombre!

PYG

Las huellas del pie llegaban hasta aquí. (Dirigiéndose á doña María.) Hemos quedado en que usted es el gallinero. ¿Y esto qué quiere decir?

MARÍA

Pues que las pisadas procedían de la cocina con dirección al gallinero.

FIG. Todo el mundo diría lo mismo, menos yo que poseo instinto policiaco. Noté que las pisadas eran puntiagudas y cada una tenía tres picos. Comprendí, desde luego, que se trataba de resolver un problema difícil. ¿De quién serían aquellos pies de tres picos? Pensé, medité, analicé minuciosamente el origen de esas pisadas; comparé los pies auténticos de la respetable familia del señor Consejero, y no coincidían. Quise llevar más allá mi confrontación. Fuí yo mismo al gallinero, cogí un pato y comparé; también era inocente. Después hice lo propio con una gallina, y entonces ¡oh! un rayo de luz iluminó mi entendimiento; las huellas eran idénticas á su pie. Estaba explicado todo. Los vestigios que había en el jardín, procedían de pies de gallina.

MARÍA
PYG.

¿Y mis joyas?
No he concluído aun. Muchos bandidos célebres usaron de supertugios satánicos para despistar la acción de la policía. Di la vuelta al gallinero por detrás del muro. Encontré un cuadrilongo de tierra removida recientemente. Primer indicio. El ladrón pudo haber escondido allí las joyas para recogerlas en ocasión propicia. Sacabé la tierra y no hallé nada, pero sí el convencito de que quien removió la tierra, no fué un ladrón, fué sencillamente... un gato.

MARÍA

¿De manera que estamos tan á obscuras como antes? ¡Mis pobres joyas! ¡Ya no hay esperanza!

PYG.

Al contrario. Hay seguridad.

VIC.

(A parte á Pygmalíao.) ¡Con qué aplomo aseveral! ¡Parece Napoleón!

PYG.

Siempre que yo busco, encuentro.

MARÍA

Tiene usted suerte.

PYG.

Como autoridad, sí. Individualmente, ¡ay! ¡no!

VIC.

¿Es usted desgraciado?

PYG.

¡Mucho!

VIC.

¡Qué lástima! ¡La fortuna huye del genio!

PYG.

Algo hay de eso. Hoy mismo por un núme

- ro, ¡por un sólo número! dejé de ser el poseedor feliz de cinco millones.
- VIC. ¡Cinco millones!
- PYG. ¡Cinco millones!
- MARÍA (Nerviosa.) ¡Ah! ¿Se sabe ya en qué número cayó el gordo?
- PYG. ¡Ya lo creo! Yo tenía un décimo, el 18.011.
- MARÍA ¿Salió el 18.010?
- PYG. ¡No!
- MARÍA ¿El 18.012?
- PYG. Tampoco ¿No les digo á ustedes que perdí por un número? ¡Salió el 1.801!
- MARÍA ¿Eh? ¿Qué dice usted? ¡El 1.801! ¡Ay! ¡ay!
- PYG. ¡Señora!
- VIC. ¿Qué la sucede á usted? ¡Está usted temblando!
- MARÍA La emoción. La.. ¿Está usted seguro?
- PYG. Aquí está la lista de los primeros premios. (Sacándola.)
- MARÍA ¡A ver! ¡A ver! (Arrebatándosela.) ¡El mismo!
- PYG. ¡Ay! ¡Ay! (Se desmaya en brazos de Pygmaliao.)
- VIC. ¡Señora! ¡Señora!
- PYG. ¡Jesús! Yo no puedo ver eso. Que vuelva en sí ó me desmayo también.
- VIC. ¡Por Dios, señora! ¡Vuelva usted! (Abanicándola con la lista de la lotería que ha recobrado.)
- PYG. ¡Abaníqueme usted! ¡Abaníqueme usted, caballero! ¡Ay, ay! ¡Agua, agua! (Se desmaya en brazos de Pygmaliao también; una á cada lado.)
- PYG. ¡Por los clavos de Cristo! ¡Señoras! ¡Que no puedo más! ¡Que me desmayo yo! ¡Socorro! ¡Socorro!

ESCENA XIII

DICHOS, CELESTE y MELCHOR

- CEL. ¿Qué pasa?
- MEL. ¿Qué ocurre?
- PYG. ¡Desmayos á pares!
- CEL. ¡Tía! ¡Tiita!

- MEL. Doña Vicenta.
MARÍA (Volviendo en sí.) ¡Ah! ¿Es esto verdad? ¿No sufrí una pesadilla?
PYG ¡Quien sufrió la pesadilla soy yo! ¡Caracoles!
VIC. (Volviendo en sí.) ¡Qué dulcemente se descansa en el recuerdo del bien amado!
MEL. ¿Pero que ha sucedido?
MARÍA ¡La grande! ¡La gorda! ¡El 1.801!
CEL. ¡Tía!
MARÍA ¡Regocíjate, sobrina! ¡Somos millonarios!
TODOS ¡Millonarios!
CEL. ¡Desgraciada! ¡Se ha vuelto loca!
MARÍA ¡Calla, mema! Digo que somos millonarios! ¡Cinco veces millonarios! Mi Faustino compró ayer el billete. ¡El 1.801! ¡Entero! De la lotería española!
PYG. ¿Entero? Señora... Si quiere usted desmayarse de nuevo... estoy a sus órdenes.
VIC. ¿Pero habla usted en serio?
MARÍA ¡Y tan en serio! La fecha de nuestro matrimonio. El cero y yo. Una corazonada simbólica. ¡Y Faustinito ignorándolo aún!
CEL. ¿Dónde está el tío?
MARÍA Se fué á comer á un restaurant; pero volverá en seguida.
PYG. ¡Es preciso hacerle un recibimiento magno!
MEL. Digno del favorito de la suerte!
MARÍA ¡De prisa! ¡De prisa!
PYG. Yo tomo la dirección de la fiesta. Las recepciones son mi fuerte. Flores... Luces... Música... Cohetes...
VIC. ¡Sobre todo música!
MARÍA ¡Rosa! ¡Tráete el organillo!
CEL. ¡Está descompuesto!
MARÍA No importa. ¡Rosa!
VIC. ¡Luz! ¡Mucha luz! (Celeste da la luz eléctrica á la lámpara que habrá en el centro del salón.)
CEL. ¡La luz!
MARÍA ¡Rosa!
PYG. En mi casa hay cohetes. ¡Que avisen á mi hermana!
MARÍA ¡Rosa!
CEL. Tenemos unos farolillos de papel...

PyG. ¡Magnífico! ¡Pronto! ¡Los farolillos!
CEL. Venga usted, Melchor. (Mutis con Melchor foro.)
MARÍA (Furiosísima.) ¡Rosa!

ESCENA XIV

DICHO, ROSA, CELESTE, MELCHOR, ÁNGELA y Músicos cuando lo indique el diálogo

ROSA ¡Ya va!
MARÍA ¿Dónde estaba usted metida?
ROSA Estaba asomada á la ventana viendo colocar los atriles á una murga que festeja el santo del tendero de enfrente.
PYG. ¡Una murga! ¡Providencial! ¡Necesito esa murga!
MARÍA Haga usted subir á los músicos.
PYG. ¡Cueste lo que cueste!
MARÍA ¡Traiga usted cohetes!
PYG. Avise á mi hermana... En casa hay bombas.
ROSA ¿Bombas?
PYG. Fuegos artificiales. ¡Corra usted!
ROSA ¡Corro!
CEL. (Volviendo con farolillos de papel.) ¡Aquí están los faroles!
MEL. Y las velas. ¡Yo traigo las velas!
PYG. ¡Colgar y encender! (Abre la puerta de cristales central del foro. Se ve el jardín. Melchor, Celeste y María, cuelgan farolillos y los encienden. Pygmalio va de un lado para otro revolviéndolo todo y sin hacer nada.) ¡Aquí! ¡En el jardín!
VIC. ¡Es un general en jefe en día de batalla!
¡Wellington en Waterloo!
PYG. ¡Flores! ¡Hacen falta flores!
CEL. ¿Flores en Diciembre?
MARÍA Celeste... ¡Arrasa el invernadero!
CEL. Tía... Pero es una lástima...
MARÍA ¡Somos diez veces millonarios!
PYG. ¡Las flores! ¡Las flores!
CEL. ¡Voy! ¡Voy!

- VIC. Acompaño á usted. Quiero hacer un ramo grande.
- PYG. ¡Más velas en los faroles! (Mutis Vicenta y Celeste.) ¡Dos en cada farol por lo menos!
- MEL. Eso no es posible. (Entra Rosa con los músicos que pasan al fondo del jardín.)
- ROSA Aquí están los músicos.
- PYG. ¡Adentro, adentro! A una señal mía romperán ustedes en un himno estruendoso. ¡Muy estruendoso! Cada uno lo que sepa. ¡Pero toquen ustedes todos á la vez!
- ROSA Ya he avisado á la señorita Angela.
- MARÍA ¿No hay más faroles?
- MEL. No, señora.
- PYG. No importa. El efecto es espléndido. Nadie como yo para estas cosas. Los portugueses sabemos hacerlo todo en grande. ¡Encender los candelabros!
- ANG. (Saliendo.) Aquí están las carretillas.
- MEL. Yo me encargo de dispararlas.
- PYG. ¡Y Celeste! ¡Y Rosa!
- (Sale Celeste con un cesto de flores y hojas.)
- CEL. ¡Las flores, las flores! (Timbre dentro.)
- ROSA ¡Que viene el señorito! (Corre á abrir primera derecha.)
- PYG. ¡Alto! Todo el mundo á su puesto. ¡Prevenidos los músicos! ¡Yo daré la señal! ¡Replegarse hacia el fondo!
- VIC. (A Angela.) Su hermano de usted es un coloso. Me tiene encantada. Venga usted á mi casa mañana. Hablaremos.
- CEL. ¡El tío, el tío!
- PYG. ¡Que viene el tío! ¡Atención y silencio!

ESCENA XV

DICHOS. FAUSTINO

- FAUS (Aparte.) Comí como un canónigo. ¡Y sólo!
- PYG. ¡Ahora! (Toca la murga la marcha de «Aida». Cohetes.)
- FAUS. ¡Santísimo Cristo! ¿Qué es esto! (Los personajes todos avanzan en grupo. Pygmaliao en el centro)

- trae el canasto de las flores. Todos van arrojándolas sobre Faustino.)
- PYG. ¡Viva don Faustino!
- TODOS ¡Viva!
- FAUS. ¿Se habrán vuelto locos?
- MEL. ¡Coronemos de flores al nuevo Cresol
- TODOS ¡Flores, flores! (Cesa la murga)
- PYG. (Subiéndose á una silla.) ¡Señores! En este día feliz, la suerte magnanima me designa para ser el primero que felicite al hijo predilecto de la fortuna!
- TODOS ¡Bravo, bravo!
- FAUS. (Aparte.) ¡Locos, locos!
- VIC. (A Pygmaliao.) ¡Elocuentísimo! Y en prueba de admiración... (Ofreciéndole el ramo que Pygmaliao toma y lo arroja sobre don Faustino.)
- PYG. ¡Gracias! Hoy todo se debe al ilustre agraciado! ¡Ahí va eso!
- TODOS ¡Viva!
- FAUS. ¿Pero quieren ustedes explicarme?
- MARÍA ¿Cómo? ¿Aun no lo adivinas?
- PYG. (Baja de la silla y se interpone entre doña María y Faustino.) Permítame, señora. Es á mí á quien compete dar la noticia. ¡Abráceme usted, don Faustino!
- FAUS. ¿Yo?
- PYG. Abráceme usted.
- MARÍA ¡Abrázele, hombre!
- FAUS. ¡Bueno! (Aparte.) ¡Seremos parientes!
- PYG. Y ahora... Vaya la grata nueva. ¡Es usted millonario!
- FAUS. ¿Qué? ¿Cómo?
- MARÍA ¡Te ha tocado el sorteo!
- FAUS. (Aparte.) ¡Ay Dios mío! ¡Ay Dios mío!
- MARÍA El 1.801. ¡Los diez millones!
- PYG. ¡Loor á don Faustino!
- FAUS. ¡Me muero! (Cae en brazos de Pygmaliao.)
- MARÍA ¡Faustino!
- CEL. ¡Tío!
- ANG. {
- VIC. { ¡Caballero!
- MEL. ¡Amigo mío! ¡Querido amigo!
- PYG. ¡No es nada! ¡Más flores! ¡Más luces! ¡Más música!

TODOS
FAUS.

¡Música! ¡Música!
(En brazos de Pygmaliao.) ¡La unción, la unción,
señor Comisario! (Gritos de ¡viva el Consejero!
Música, bombas, etc., etc.—Telón.—Toda la escena vi-
vísima. Desde el desmayo de don Faustino hablan todos
á la vez. El movimiento vertiginoso de las dos últimas
escenas se recomienda á los señores directores.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Interior del cuarto-despacho de la Comisaría. Mesa. Bancos ante las paredes del fondo. La puerta única de entrada en el fondo mismo, que se supone otra habitación interior.

ESCENA PRIMERA

ESCRIBIENTE, ROLINHO, JULIA, PRESOS y POLICÍAS

- ESC. (Sentado junto á la mesa y hablando con un preso.)
¿Soltero?
- PRESO Soltero.
- ESC. ¿Has estado alguna otra vez preso?
- PRESO Sí, señor. Veintidós veces.
- ESC. ¡Bueno, bueno! A tu sitio, hasta que venga el señor Comisario. ¡Otro!
- ROL. (Adelantándose.) ¿Supongo que me permitirá usted ir á almorzar?
- ESC. ¡No, señor! De aquí no sale nadie hasta que venga el señor Comisario.
- ROL. Usted dispense. Pero es que yo... Yo no soy un criminal. Al contrario. Vengo á hacer una reclamación.
- ESC. Para nosotros es lo mismo.
- ROL. ¿Y si al señor Comisario le da la gana de tardar?
- ESC. Tardará usted también. (Escribe)

- POL. (A Julia.) No puede ser. ¿No oyó usted lo que dijo el señor escribiente? Hasta que venga el señor Comisario.
- JULIA. ¡Pero yo no puedo esperar!
- ESC. ¿Qué pasa ahí? ¿Qué altercado es ese?
- P. L. Esta chica, que quiere salir.
- ESC. ¡No puede ser! ¡He dicho que no se mueva nadie!
- ROL. (Acercándose más.) ¿Me permite usted dos palabras?
- ESC. ¿Qué se le ofrece?
- ROL. Como estoy en ayunas y figurándome que esto podía durar mucho, me hice traer el almuerzo. Y está allí dentro... enfriándose...
- ESC. ¡Ah! ¿Le han traído a usted el almuerzo?
- ROL. Sí, señor. Y si usted quiere acompañarme...
- ESC. Bueno... Vaya usted a almorzar. Lo que no se permite a nadie es salir de la Comisaría. Pero dentro de la Comisaría... Vaya, vaya usted almorzando... que soy con usted al momento. S, acompañe al señor.
- ROL. ¡Muchas gracias! (Aparte.) ¡Tres para un almuerzo! (Vase.)
- JULIA (Adelantándose un poco. Al Escribiente.) ¡Decididamente, tengo que salir!
- ESC. (Sin fijarse que no es Rolinho.) ¡Que sí! ¡Que vaya! Soy con usted al momento. ¡11, acompañe usted!.
- JULIA. ¡Gracias! No necesito compañía. (Vase.)

ESCENA II

DICHOS, FAUSTINO y MELCHOR

- FAUS. ¿El señor Comisario?
- ESC. No está.
- MEL. ¿Tardará mucho?
- ESC. No debe. Toda esa gente espera.
- MEL. Aguardaremos nosotros también.
- ESC. ¿Vienen ustedes en concepto de detenidos ó de reclamantes?
- MEL. Ni lo uno ni lo otro. El señor es don Faus-

- tino Soárez, Consejero, y yo soy el Secretario particular del señor Ministro de Estado.
- ESC. ¡Ah! ¡De su excelencia el señor Ministro! ¡Tengan ustedes la bondad de sentarse!... ¡Están ustedes en su casa!
- MEL. Gracias.
- ESC. ¡A ver... fuera todo el mundo! (Aparte) Voy á probar ese... almuerzo... ¡Fuera de aquí he dicho! (A Melchor y Faustino.) ¡Repito que están ustedes en su casa! (Vase.)

ESCENA III

FAUSTINO y MELCHOR

- MEL. Fué una idea descabellada, amigo mío, la invención de la compra del billete para disculpar el gasto de las mil pesetas... Algo como limpiar el suelo con las manos.
- FAUS. ¡Barrido y fregoteo el que á mí me espera! ¿Tendré mala sombra? Yo que no he acertado nada en este mundo, acierto ahora el gordo sin jugar á la lotería. ¡Hay para pegarse un tiro!
- MEL. ¡Y para remachar el clavo, dice usted ahora que le robaron el billete!
- FAUS. ¿Pero qué remedio? Fué lo primero que se me ocurrió. Mi mujer está loca. Quiere comprarlo todo... carruajes, palacios, paseos. A las doce de la noche me despertó para preguntarme cuánto valdría el Palacio Real, y á las tres de la madrugada decidió adquirir el paseo del Rocío. Apenas amaneció me hizo salir á la calle en busca del billete. ¡El billete! ¿De dónde iba yo á sacar el billete? Pero usted no da la cara.
- MEL.
- FAUS. ¡Cá! ¡Me quedaría sin ella! Era mejor lo que hice. Escribírselo y mandar la carta por el aguador. Como ella ha de venir aquí para tratar el asunto de las joyas, aquí nos encontraremos. Habiendo gerte de fuera... Estando rodeados de policía... Tal vez saque intacto el físico.

- MEL. ¿Y qué puedo yo hacer por usted en este asunto?
- FAUS. Hablar al Comisario para que en esta maldita cuestión de las joyas haga como que hace, sin hacer nada.
- MEL. Le hablaré.
- FAUS. ¡Diablo! Es más de la una... Estoy sin desayunarme. . Y Gloria que me espera.
- MEL. ¡Todavía se lamenta de su suerte!
- FAUS. ¿Sí, eh? ¡Ese es otro lío! La muchacha tiene un afán loco por tasar las alhajas... Se las ha puesto todas encima y se empeña en que yo la acompañe hecha una quincallería ambulante. ¡Figúrese usted que nos ve el marido!
- MEL. Me acuerdo de... Cintra.
- FAUS. O que nos coge mi mujer...
- MEL. ¡No quiero pensarlo!
- FAUS. Y á todo eso cada vez más inabordable. ¡Ay, amigo mío! Mi salvación única estaba en salir de Lisboa por una temporada.
- ESC. Vamos á ver. ¿Qué recompensa me otorgaría usted si yo le proporciono el medio?
- FAUS. Todo cuanto de mí dependa.
- MEL. La mano de su sobrina.
- FAUS. ¡Cargue usted con toda la familiar!
- MEL. ¡Querido tío! Ya puedo llamar á usted así, porque estoy seguro del resultado.
- FAUS. ¿Pero qué intenta usted?
- MEL. Nombrarle Gobernador civil de Coimbra.
- FAUS. ¿Es eso posible?
- MEL. El cargo se halla por proveer. El ministro es amigo. Sale usted de Lisboa... Mejora de categoría en su carrera y tal vez pueda usted de este modo calmar la cólera de su señora.
- FAUS. ¿Cree usted?...
- MEL. ¡Oh!.. ¡La vanidad femenil! Por llamarse Gobernadora es capaz de perdonarle lo de las joyas y lo del billete. Me voy á ver al Ministro.
- FAUS. ¿Y el Comisario?
- MEL. Siendo usted Gobernador, hará lo que usted le mande.

FAUS. Tiene usted razón. ¡Vámonos!
ESC. ¿Usted?
FAUS. Sí... A ver á Gloria... A almorzar con Gloria... Y á evitar que tase las joyas hasta que yo haya tomado el tren... ¡Gobernador civil!
¡Es una gran idea! (Mutis.)

ESCENA IV

ESCRIBIENTE, ROLINHO, JULIA, PRESOS, POLICÍAS

ESC. (Que habrá entrado antes de terminar la escena anterior.) ¿Cómo? ¿Se cansan ustedes de aguardar? El señor Comisario tarda demasiado... Yo le diré... ¡No contestan! (A un Policía.) Que entre toda esa gente. (Aparte.) Estaba sabroso el almuerzo. ¡Muy sabroso!

ROL. Espero que no se olvide de llamarme en primer lugar.

ESC. Esté tranquilo.

ROL. Necesito ir á la oficina y...

ESC. Será usted el primero. ¡No faltaba más!

POL. Ahí viene el señor Comisario.

ESCENA V

DICHOS y PYGMALIAO

PRESOS ¡Señor Comisario! ¡Señor Comisario! (Rodeándole.)

PYG ¡Malo! ¡Malo! ¡Así no adelantaremos nada! ¡Haga usted retirar á esta gente. Que cada cual aguarde su turno... Se atenderá á todos... Pero hay que empezar por el primero... (Los Policías obligan á sentar á los detenidos.)

ESC. Cuando usted guste.

PYG. Ahora. Que nadie venga á interrumpirnos.

ROL. ¡Gracias á Dios!

ESCENA VI

DICHOS y ANGELA

- ANG. ¡Pygmaliao!
- PYG. ¡Mi hermana!
- ESC. ¡Ya nos interrumpieron!
- ROL. (Aparte.) ¡Retiro las gracias!
- ESC. Señor Comisario... Estos son los detenidos...
- PYG. Pero está aquí mi hermana que no es ningún detenido. ¡Lo primero es lo primero!
- ESC. (Llamando.) ¡A ver! ¡El primero!
- ROL. (Adelantándose.) Hace cuatro horas que estoy esperando...
- PYG. ¡Esperará usted catorce! Antes es mi hermana. ¡Fuera todo el mundo!
- TODOS ¡Señor Comisario!
- PYG. ¡Fuera he dicho!
- ESC. ¡Fuera ha dicho el señor Comisario! (Los Policías hacen salir á los detenidos.)
- ROL. (Al ver salir al Escribiente.) ¡Hombre, acuérdesse usted del almuerzo!

ESCENA VII

PYGMALIAO, ANGELA y ESCRIBIENTE

- PYG. ¿Qué ocurre, querida hermana?
- ANG. Vengo de casa de doña Vicenta.
- PYG. ¡La viuda!... ¿Te habló de mí?
- ANG. Ya lo creo.
- PYG. Espera. (Al Escribiente.) ¿No oyó usted que mandé salir á todo el mundo?
- ESC. Sí, señor. Lo oí... pero...
- PYG. ¿No forma usted parte del mundo? ¡Déjenos pronto!
- ESC. Creí que entre colegas...
- PYG. ¡Cómo colegas! ¿Le han nombrado á usted Comisario?
- ESC. No, señor. Sigo de escribiente.
- PYG. Ea... ¡Largo de aquí!
- ESC. ¡Voy, voy! (Vase.)

ESCENA VIII

PYGMALIAO y ANGELA

- ANG. ¡Pobre hombre!
- PYG. ¡Pero qué pesado! Vamos, dime. ¿Qué hay? ¿Qué hay de la viuda?
- ANG. ¡No sabe hablar más que de tí!
- PYG. ¿Y aquel desmayo que la dió al verme?
- ANG. Parece que tu cara es el vivo retrato de su difunto marido.
- PYG. ¡No es eso muy agradable para mí!
- ANG. Ni para el difunto... porque tú no eres un Adonis.
- PYG. ¡Adonis! ¡Adonis! Yo no soy más que Comisario de policía.
- ANG. Doña Vicenta debe estar muy bien de dinero. No puedes figurarte qué casa tiene. No hay nada que no sea delicado, fino y hermoso.
- PYG. ¡Voy á estar allí en mi centro!
- ANG. El comedor parece una platería. ¿Y la despensa? ¡Qué bien provista! Vinos de todas clases...
- PYG. ¡Por eso pide agua tan á menudo!
- ANG. Latas de conservas... Mantecas... Embutidos...
- PYG. ¡Todo para mí!...
- ANG. ¡Y un jamón!
- PYG. Te digo que será para mí. ¡Con jamón y todo!
- ANG. Vajilla magnífica...
- PYG. ¿Y dulceras? ¿Te has fijado en si hay dulceras?
- ANG. No sé...
- PYG. Lo digo porque... Como es amiga de doña María...
- ANG. ¡Muy amiga! Por ella he podido adquirir ciertos informes que pueden serte útiles... Su carácter... Es preciso que seas otro Carnero, tanto en lo físico como en lo moral.
- PYG. ¡Procuraré imitarle!

- ANG. En primer lugar... Era un señor muy poético.
- PYG. También lo soy yo.
- ANG. Has de ser tímido. Carnero estuvo diez años haciéndola la corte sin declararse.
- PYG. ¡Diez años! ¡Pues estoy fresco!
- ANG. No, hombre. Entonces era soltera... Las viudas tienen mucha más prisa... No se declaró de frente.
- PYG. ¿Pues, cómo? ¿De espaldas?
- ANG. Por escrito. Se muere por las cartas de amor.
- PYG. Voy a escribirla ahora mismo.
- ANG. Vendrá aquí. Además del interrogatorio referente a la desaparición de las alhajas, tiene interés en el asunto de la desaparición de la mujer de su portero.
- PYG. En cuanto venga.. ¡Correo interior!
- ANG. No debe tardar. La he dejado arreglándose...
- PYG. ¡Y yo tengo que despachar á toda esa gentuza!
- ANG. Pues te dejo. ¡Hasta luego! ¡Y mucha suerte!...
- PYG. ¡Adiós, querida Angela! (Angela sale.)

ESCENA IX

PYGMALIAO

¡Magnífico! No puedo quejarme de mi suerte. Me falló el décimo, pero no se me escapará doña Vicenta. Quiere poesía, ¿eh? Pues ya verá de lo que es capaz un compatriota de Camoens. (Se sienta y escribe.) «Para los debidos efectos tengo el honor de enviar á usted acompañando estas líneas la declaración más sincera del amor más ardoroso que nutre un corazón desde la hora feliz en que por primera vez tuvieron mis ojos la dicha inmensa de contemplar su espléndida hermosura...» (Mientras escribe van saliendo presos y policías, etc, que quedan en el fondo)

ESCENA X

PYGMALIAO, ESCRIBIENTE, ROLINHO, JULIA, PRESOS
y POLICÍAS

- Esc. Señor Comisario. Ahí están los presos. .
PYG. Que sigan ahí. Ahora no puedo detenerme...
«Espléndida figura...»
- Esc. Señor Comisario...
PYG. ¡Pero, hombre! ¿Me quiere usted dejar en paz?
- Esc. Es que... la hora...
PYG. (Escuchando.) Mis ojos presos por sus gracias...
Presos. ¿No sería más poético cautivos? No.
Pongamos presos. (Gritando.) ¡Presos!
- Esc. ¡Quedan todos presos! ¡Salgan!
ROL. ¿Eh? ¿Para eso he partido yo el almuerzo?
UNOS ¡Eso no puede ser!
OTROS ¡Es un atropello! (Protestando los detenidos. Los policías quieren sacarlos á empujones.)
- POL. ¡Fuera! ¡Fuera!
PYG. ¿Pero qué diablos sucede? ¿Dónde va toda esa gente?
- Esc. ¡A la cárcel!
PYG. ¡Señor mío! ¿Quién es aquí el jefe?
Esc. Usted. Como dijo. ¡presos! pensé...
PYG. ¡Basta! (Pega un puñetazo en la mesa revolviendo los papeles. Al querer continuar la carta coge otros papeles y lee:) «Para los debidos efectos tengo el honor de enviar á usted acompañando estas líneas, la declaración de José Brites (alias) Carcasa.» ¿Qué es esto? El oficio al Juez en el asunto del carterista... ¡Acabarán por volverme loco! ¡Ah! Aquí está. (Coge la carta.) No sé si poner aquí el nombre ó hacer una llamada y colocarlo al final. ¡Me decido por la llamada!
- Esc. ¡Al fin! ¡Manuel Antonio Rolinho!
ROL. (Avanzando.) ¡Ya era hora; señor Comisario!
PYG. ¡Centellas! ¡Me dejarán hoy en paz! (Otro puñetazo en la mesa. Al Escribiente.) ¿Pero, qué hace usted, hombre de Dios?
- Esc. ¡La llamada!

- Pyg. ¿Y quién lo ha mandado?
Esc. Usted.
Pyg. ¿Yc?
Esc. Dijo usted: «me decido por la llamada.»
Pyg. ¡Cernícalo! Vamos, vamos, acabemos de una vez. ¿A quién le corresponde?
Esc. Al señor Rolinho.
Rot. Servidor de usted.
Pyg. ¡Ah! ¿Es usted Rolinho? Tengo tanto gusto. ¿De qué se trata? (Tendiendo la mano á Rolinho.)
Esc. (Bajo á Pygmaliao) Del robo de un reloj.
Pyg. (Dando un golpe en la mano que Rolinho le tiende.) ¡Retire usted esa mano!
Rot. ¡Señor Comisario!
Pyg. ¡Yo no estrecho manos de rateros!
Rot. ¡Caballero! ¡No he venido aquí á que me insulten!
Esc. Es que.. Está usted equivocado. El señor no es un ladrón.
Rot. No, señor. No lo soy.
Pyg. Pues entonces, ¿por qué está aquí?
Esc. Viene á reclamar. El reloj le fué robado.
Rot. Sí, señor. Me fué robado.
Pyg. ¡Aaah! Bien. Es casi igual. ¿Conque á usted le robaron un reloj?
Rot. Ancora, de plata.
Pyg. ¿Y no le da á usted vergüenza decirlo?
Rot. No, señor. ¿Qué iba yo á hacer?
Pyg. ¡No dejarse robar! ¿Dónde ocurrió el hecho?
Rot. En la travesía de Santa Justa. A las doce de la noche.
Pyg. ¿Pero usted no sabe que á las doce de la noche la travesía de Santa Justa es un sitio muy peligroso? ¿Por qué iba usted á pasear á esas horas?
Rot. Iba á mi casa.
Pyg. ¿Ogirió usted al ladrón?
Rot. No, señor. ¡Yo toqué el pito y acudió la policía!
Pyg. ¡Entonces!
Rot. Me prendió á mí y dejó escapar al ladrón.
Pyg. ¡Muy bien hecho! Quien toca el pito es que quiere ser detenido y quien huye que no quiere serlo.

- ROL. ¿Pero como no lo cogieron al verle correr?
PYG. El correr no es ningún delito. El tocar el pito sí. El pito es de uso exclusivo de la autoridad. Usted usurpó atribuciones de la autoridad. Sépalo usted, el pito, cuando no lo usa la autoridad, es un instrumento subversivo.
- ROL. Yo no sabía ..
PYG. Bueno. Perdonado. Márchese usted y trate otra vez de no dejarse atracar. ¡Otro!
- ROL. Pero... y mi reloj. ¿Puedo volver luego por si ha parecido?
- PYG. Sí, señor. ¡No faltaba más! Aquí estamos para atender á todo el mundo. Es nuestra obligación. ¡Otro!
- ROL. Muchas gracias. Buenas tardes, señores...
Tantísimas gracias. (Mutis.)
- PYG. ¡Otro!
ESC. No es otro, señor Comisario; que es otra. (Llamando.) ¡Julia Margarita Bello!
- PYG. (A parte.) ¡Muy bonita muchacha!
JULIA ¡Soy inocente, excelentísimo señor!
PYG. (Muy satisfecho.) ¡¡Excelentísimo señor!!! Bien, bien, joven. Si es inocente puede usted retirarse.
- JULIA Sí, señor. (Medio mutis.)
ESC. Señor Comisario, se trata de un robo con testigos.
- JULIA Es una calumnia, excelentísimo señor, soy inocente. (Volviendo.)
- PYG. ¡Sí, es inocente, ella misma lo dice!
ESC. ¡Pero si hay testigos!
PYG. ¡Ah! ¡ah! Hay testigos.
ESC. De vista.
PYG. ¡Caramba! ¡Caramba!
ESC. Un corte de lanilla dulce, de primera.
PYG. (A parte.) Dulce y de primera, es la chica.
ESC. Robo denunciado por un sastre.
JULIA ¡Miente!
PYG. ¿Un sastre? (Admirado de que un sastre pueda mentir.)
- ESC. En cuyo taller trabajaba esta chica.
JULIA Yo no he robado nada. Lo que hay es que como una no es fea del todo... El amo me buscaba las vueltas...

- PYG. ¡Vaya con el amo!
- JULIA Y como yo no le hice caso, para vengarse, ha inventado lo del robo.
- ESC. ¡Pero si hay testigos!
- PYG. ¿Pero usted es escribiente ó parte?
- ESC. Es que... el saestre... es compadre mío y...
- JULIA ¿Otro embustero!
- PYG. Bien. A ver... á ver, los testigos.
- ESC. Acérquense ustedes. (Avanzan los testigos.)
- PYG. ¿Son estos?
- ESC. Sí, señor.
- PYG. ¿Cómo se llama usted? (Al 1.º)
- TEST. 1.º Francisco José Salgado.
- PYG. ¿Profesión?
- TEST. 1.º Oculista.
- PYG. ¿Y usted? (Al 2.º)
- TEST. 2.º Damián Cardoso y Compañía.
- PYG. ¿Profesión?
- TEST. 2.º Oculista.
- PYG. ¿También? ¿Y el señor?
- TEST. 3.º Argos y Compañía, oculistas.
- PYG. ¿Pero se trata de una consulta oftálmica, ó del robo de un corte de lanilla?
- E-C. Señor Comisario... es cosa mía.
- PYG. ¿Padece usted cataratas?
- E-C. No, señor. Pero aconsejé á mi compadre, como los testigos de vista hacen tanta fuerza, á falta de oculares...
- PYG. ¿Los ha buscado oculistas?
- ESC. Es casi la misma cosa.
- PYG. Y gracias á su consejo, voy á enviar á la cárcel á su compadre y á poner en la calle á la acusada.
- POL. (Entrando.) Señor Comisario.
- PYG. ¿Qué hay?
- POL. Una persona desea hablarle.
- PYG. Ahora estoy en asuntos del servicio. (A los testigos.) Ustedes pueden retirarse. (A Julia.) Usted también.
- JULIA Gracias, excelentísimo señor. Aunque chalequera... una es agradecida y...
- PYG. Ya estan las señas de usted en el atestado.
- POL. Señor Comisario, esa señora dice que desea hablarle con urgencia.

- Pyg. ¡Ah, pero es una señora!
- Pol. Una señora que trae el rostro cubierto con un velo.
- Pyg. Podía usted haberlo dicho antes. (Aparte.) Me da el corazón que es doña Vicenta! (Al Policía.) Que pase inmediatamente.
- Pyg. 8 y 11. Aquí uno y aquí otro. (A ambos lados de la puerta.—Aparte.) Es bueno que me admire en todo el apogeo de mi autoridad. (A los Policías.) Cuando yo me ponga de pie, se cuadrarán ustedes y saludan...
- Pol. (Dentro.) Por aquí, señora.
- Pyg. Mucha atención... mucho respeto. (Entra doña Vicenta arrebujaada en un manto.) ¡Ah! ¡Señora! (Los Policías saludan militarmente.)

ESCENA XI

DICHO 3 y DOÑA VICENTA

- Vic. ¡Ah! ¡Señor Sereno! Vengo tan conmovida...
- Pyg. ¿Conmovida? (Al Escribiente.) Traiga usted agua. ¡A escape!
- Vic. No es necesario. Muchas gracias.
- Pyg. Señora... Si usted fuera tau amable que se alzara el velo...
- Vic. ¡Oh! ¡No, no! ¡En presencia de su séquito, no!
- Pyg. Mandaré que se retiren. (Al Escribiente.) Salgan ustedes todos.
- Esc. Usted perdone, señor Comisario. Hay que enviar al Juzgado el oficio del asunto José Brites, Carcassa.
- Pyg. Lo extendí yo mismo esta mañana... Debe estar sobre la mesa.
- Esc. (Coge la carta que escribía antes Pygmaliao.) «Para los debidos efectos tengo el honor...» Este es. Con su permiso... (Mete la carta en un sobre y sale puerta foro.)

ESCENA XII

DOÑA VICENTA y PYGMALIAO

- Pyg. ¡Al fin!
- Vic. Recibí su orden.
- Pyg. Señora... Ordenó el Comisario, pero esperaba el hombre.
- Vic. Por Dios, señor Comisario, tenga usted en cuenta que vine á declarar en un asunto policiaco, no á escuchar madrigales de un poeta.
- Pyg. Para el interrogatorio no es aun tiempo, puesto que no han comparecido los otros interesados... Para el madrigal, en cambio, es la hora oportuna... Estamos solos.
- Vic. Me extraña que doña María no haya venido. Salió mucho antes que yo... En *landeau* abierto con cochero y lacayo de gran librea.
- Pyg. ¡Ventajas de los mimados de la fortuna!
- Vic. ¿Usted nunca ha sido mimado?
- Pyg. ¡Nunca! (Aparte.) ¡Aquí de la poesía! (Alto.) ¡Yo he sido siempre un árbol sin sombra en desierto árido, que no olean las brisas del oasis... Entre la alegría general he paseado solo mi tristeza. (Aparte.) ¡Esta es una frase!
- Vic. ¡También mi historia es un dolor perpetuo!
- Pyg. ¡Av! (Suspira.)
- Vic. ¡Ay! (Suspira más fuerte.)
- Pyg. ¿Quiere usted oírla?
- Vic. ¡Para libar la miel de sus palabras, quisiera que mis orejas fuesen labios! (Aparte.) ¡Esta! ¡Esta sí que es una frase! ¡Se rendirá á la elocuencia!
- Vic. ¡Yo nací la alborada de San Juan!
- Pyg. ¡Entre el aroma de la verbena!
- Vic. ¡Al primer rayo de la alborada!
- Pyg. ¡Al primer rayo! ¿Había tempestad?
- Vic. No. La tempestad vino después. Cuando agitó mi pobre corazón dormido la pasión de un hombre, al que amé, y cuya vida segó

harto en breve la furiosa Parca. Volví á la soledad y al abandono en el umbrío páramo del dolor, desafiando el temporal, cubierta solo con los crespones de mis tocas de viuda.

PyG. ¡Infeliz! (Aparte.) ¡Esta también *hace* frases!
Vic. De repente, resurge en el fondo de mi alma la luz de la esperanza... Dejándome entrever la posibilidad de que de nuevo iluminen mi vida los esplendentes rayos de un sol ignoto.

PyG. (Aparte.) ¡Ese sol soy yo! ¡Me ha llamado sol! Aunque... ¡Ignoto!

Vic. Esa esperanza me alienta. Esa ilusión me acaricia. ¡Todo muda en mí, gracias á ellas!

PyG. (Aparte.) Yo me lanzo. (Alto.) Vicenta... Yo no detallaré la historia de mi vida... que es poco interesante. Pero en ella hay una página recién escrita que guarda analogía con la última impresión de su alma cándida.

Vic. ¿Qué página?

PyG. ¡La de las mudanzas!

Vic. ¿También usted?

PyG. También me he mudado. Desde la calle de los Caballos, treinta y siete, tercero, al adorable segundo de su vecindad. Desde entonces todo me sonríe... La casa... La calle... La vida... ¿Qué más? El 8, el 11 y el 15 que están hoy de guardia, me han sonreído al entrar, y estas paredes ennegrecidas por el horror de los crímenes entre ellas descubiertos, sonríen también alegres al verla á usted honrándolas con su visita.

Vic. Señor Sereno... Señor Sereno... ¡Que me voy á ruborizar!

PyG. ¡La sienta á usted tan bien el rubor!

Vic. ¡Y está la puerta abierta!

PyG. ¡Ah! Dice usted bien. (Se levanta y va á cerrarla.)

MARÍA (Dentro.) Entra, sobrina... Aquí está el señor Comisario.

PyG. ¡Doña María!

Vic. ¡Dios mío! ¡Y nos encuentra solos!

PyG. (Aparte.) ¡Qué inoportunidad! ¡Ahora que

esto iba tan bien! ¡La largo la carta! (Va á la mesa, coge el oficio dirigido al juez, y se lo da á doña Vicenta.) ¡Pome usted!

VIC. (Aparte.) ¡Su declaración! ¡Me ha vencido!

ESCENA XIII

DICHOS, DOÑA MARÍA, CELESTE, UN LACAYO

MARÍA ;Ah! ¡Doña Vicenta! ¡Ha sido usted más puntual que nosotras! (Volviéndose al Lacayo.)
Aguarde usted órdenes en el corredor. (Mutis del Lacayo.)

VIC. Llegaba en este momento...

PYG. ¡En este momento mismo!

MARÍA Nosotras nos hemos retrasado un poco. Fuimos á dar unas unas vueltas en carruaje...
A compras.

CEL. La tía se ha encargado un vestido precioso.
Raso lila...

MARÍA , El de viaje.

VIC. ¿Van ustedes á viajar?

MARÍA Por supuesto. Una temporadita. Faustino dejará el cargo. Iremos á Francia... á Italia...

CEL. Yo quiero ver Venecia... Las góndolas... los canales...

MARÍA Y el puente de los suspiros. ¡Ay! (Suspira.)

PYG. ¡Pero vale más Lisboa!... ¡El Palacio Real!...

¡¡Oh!! (Exageradamente admirativo.)

ESCENA XIV

DICHOS y FAUSTINO

FAUS. (Aparte.) ¡Mi mujer! ¡Ahora es cuando estalla el trueno gordo! (Alto.) Buenas tardes...

MARÍA ;Faustinito!

FAUS. ¿Eh? (Retrocediendo instintivamente.)

MARÍA Llegas oportunamente. Hemos acordado ir á Italia.

FAUS. ¡Ah! ¿Sí? (Aparte.) ¡¡Anda, y no me pegall!

- ESC. (saliendo.) Señor Comisario, el Juez del segundo distrito le llama al teléfono.
PYG. Voy. Voy al momento. Con permiso de ustedes. (Mutis.)

ESCENA XV

DICHOS menos PYGMALIAO

- VIC. (Aparte.) ¡Tiene el aplomo de los grandes hombres!
- MARÍA ¿Presentaste ya la dimisión?
- FAUS. (Aparte.) ¡Ay, ay, ay! ¿No habrá recibido mi carta?
- VIC. Doña María, no quiere dejar dormir el dinero ganado.
- MARÍA ¿A como están los francos?
- FAUS. ¿Los?... Pues... No me he enterado...
- MARÍA ¿Entonces qué has hecho en todo el día?
- FAUS. Oye... Oye, Mariquita. ¿A qué hora has salido de casa?
- MARÍA Temprano.
- FAUS. (Aparte.) ¡No la ha recibido!
- MARÍA Fuimos á ver un hotel, que desde luego pienso adquirir. Después recorrimos algunos comercios. Visitamos al sastre.
- FAUS. Si yo tengo ropa...
- MARÍA ¡Al sastre de señoras! Me mandé hacer un vestido para el viaje.
- FAUS. (Aparte.) ¡Y dale con el viaje! ¡No ha recibido mi carta! (Limpiándose el sudor con el pañuelo.)
- VIC. ¿Qué es eso, don Faustino? ¿Suda usted?
- FAUS. ¡Sí! ¡Sí, señora!... ¡Sudo!
- VIC. ¡Es raro! ¡Con este frío!

ESCENA XVI

DICHOS y PYGMALIAO

- PYG. ¡Rayos!
- VIC. ¿Qué sucede?
- PYG. ¡Nada! (Aparte.) ¡He enviado al Juez la declaración amorosa!
- VIC. ¿Está usted preocupado?

- PYG. No... si... es... que .. (Aparte.) ¡Y me ha llamado mamarracho! (Cerca de don Faustino que cree que le dice algo.)
- FAUS. ¿Qué?
- PYG. ¡Mamarracho!
- FAUS. ¡¡Señor mío!!
- PYG. No... Dispense usted... No era mi ánimo... (Aparte.) ¿Pero qué papel he dado yo entonces á esa mujer? (Revolviendo los papeles de la mesa.)
- MARÍA Señores... Terminado el interrogatorio invito á ustedes á comer en el restaurant.
- CEL. Sí, tía. ¡Hay que solemnizar la sorpresa de la suerte!
- FAUS. María. Tú... ¿no has recibido una carta?
- MARÍA ¿Una carta de quién?
- FAUS. ¡Mía!
- MARÍA ¿Tuya?
- FAUS. Sí... la... el... (Aparte.) ¡Me estrangula! (Alto.) Oye... (Hablan aparte.)
- PYG. (A Vicenta.) A propósito de cartas... ¿La que yo di á usted? . .
- VIC. ¡Está aquí! ¡Sobre mi corazón!
- PYG. ¿Sobre?... (Aparte.) ¡Y será el oficio de Carrascal!
- MARÍA ¿Qué? ¿Te lo robaron?... ¿Pero eso no es cierto?
- FAUS. ¡Como el sol! (Aparte.) ¡Hoy no hay sol!
- MARÍA (Furiosísima.) ¡Idiota! ¡Acémila!
- FAUS. ¡El mundo viene sobre mí!
- TODOS ¡Doña María!
- FAUS. ¡Sujetarla! ¡Sujetarla!
- PYG. ¡Señora! ¡Señora!
- MARÍA ¡Señor Comisario! ¡Exijo que se me restituya mi dinero! ¿Oye usted? ¡Mi dinero!
- PYG. ¿Pero qué dinero?
- MARÍA ¡Han robado el billete á mi marido!
- PYG. ¿También el billete? ¡Señora! ¡En su casa de usted se roba todo!
- MARÍA No ha sido en mi casa, sino en la oficina de mi esposo. Lo tenía guardado en el primer cajón de la derecha de su mesa de despacho, por consejo de su auxiliar. Un tal Rolinho.

CEL. ¿Rolinho?
MARÍA Ese sólo lo sabía... ¡Ese es el ladrón!
PYG. ¡Yo sé donde vive! ¡Voy á prenderle inme-
 diatamente!
VIC. (Aparte.) ¡Qué hombre! ¡El mismo César le
 envidiaría!
MARÍA ¡Vamos! ¡Vamos á escapar!

ESCENA XVII

DICHOS Y ROLINHO

ROL. ¿Con su permiso, señor Comisario!
PYG. ¿Usted? ¿Es usted? ¡Llovido del cielo!!
FAUS. (Aparte.) ¡Mi auxiliar! ¡Pero el diablo anda
 suelto!
ROL. ¿Pareció mi reloj, señor Comisario?
PYG. Sí, señor, sí; el reloj y la relojera. Tengo el
 gusto de presentar á ustedes á Rolinho... ¡A
 nuestro famoso amigo Rolinho! (En este mo-
 mento ve á don Faustino. Este le hace señas.)
ROL. ¡Mi jefe! (Asustado.)
PYG. ¿Qué le pasa á usted? ¿Por qué huye de
 aquel caballero? Haga usted el favor, don
 Faustino...
MARÍA ¡Anda y confúndelo!
ROL. ¡Perdóneme usted! ¡No volveré á hacerlo,
 don Faustino!
FAUS. ¿Eh? (Aparte.) ¿Pero de qué me pedirá per-
 dón?
PYG. ¡Ah! ¡He aquí mi triunfo! (A Vicenta.) ¿Ve
 usted, señora? ¿Ven ustedes todos la impor-
 tancia eficaz de nuestras funciones sociales?
 ¡Una fortuna rescatada! ¡Un criminal des-
 enmascarado! ¡Porque más pruebas que la
 confesión espontánea y categórica del reo!
 (Aparte.) ¡Colosal!
VIC. Pero mi delito no es tan grave.
ROL. (Aparte.) ¿Qué habrá hecho este majadero?
FAUS. Voy á interrogarle. ¿Ha cobrado usted ya?
PYG. SÍ, señor.
ROL. SÍ, señor.
PYG. ¿Y dónde depositó el dinero?

- ROL. En los bolsillos.
MARÍA ¡Qué cinismo!
FAUS. (A parte.) ¡Decididamente, estamos todos locos!
- PYG. ¿Y no ha dispuesto usted de él?
ROL. ¡Sí, señor! ¡Bueno fuera! Tiene un tantás necesidades... Ayer era el santo de una prima mía. Tuve que hacerla un regalo. Por eso... Abusando de la ausencia de don Faustino...
- PYG. ¡Robó usted el billete!
ROL. ¡Yo no he robado nada! ¿Pero de qué billete me hablan ustedes? ¿Qué billete es ese?
- MARÍA El que estaba en el cajón.
ROL. ¿En qué cajón?
MARÍA En el primero de la derecha...
ROL. ¡No entiendo una palabra!
PYG. ¿Pretende usted ganar tiempo? A ver, don Faustino... Haga usted el favor de confundirle...
- MARÍA ¡Sí! ¡Confúndelo!
CEL. ¡Confúndale usted, tío!
FAUS. En seguida. Dadlo por confundido. ¿No se acuerda usted que ayer me dijo... (Haciéndole señas.)
- RCL. ¿Ayer? ¡Pero si no nos vemos desde hace ocho días!
- TODOS ¿Eh?
FAUS. (A parte.) ¡Bárbaro!
PYG. Eso es un subterfugio. ¡Confúndalo usted!
MARÍA ¿Hace ocho días que no vas al Ministerio?
ROL. Por eso hice lo que hice. Como la paga es tan exigua... Diez y ocho duros setenta y cinco céntimos. Desde el veintitrés de Diciembre al primero de Febrero... Yo necesitaba más... y con una tarjeta de don Faustino le pedí cinco duros al habilitado.
- MARÍA (A don Faustino.) ¡Ah! ¡Pillo!
ROL. (Sin darse cuenta de que no es á él.) Señora... No hay para tanto... Me los descontarán en la próxima paga.
- MARÍA Mi marido, no obstante, estuvo ayer en el Ministerio... Cobró.

- ROL. No señora. Estuvo en casa del habilitado. Cobró allí. Me lo dijo cuando llevé la tarjeta, extrañándose algo de que una cantidad tan pequeña no me la hubiese adelantado el mismo señor Consejero.
- PYG. Pero, ¿y el billete?
- MARÍA. ¡Esol! ¿Y el billete?
- PYG. ¡Ahl! (Exclamación del que da con una gran idea.)
- VIC. ¿Se salvó el dinero?
- PYG. Sí, señora; usted me ha comprendido. Se salvó. Voy á telegrafiar al Director general de Loterías de España, para que mande detener á la persona que trate de cobrar el premio.
- MARÍA. ¡Bravísimo!
- VIC. ¡Admirable!
- FAUS. (Aparte.) Esto no lo puedo permitir. Prefiero decirlo todo. (Avanzando, á Pygmaliao.) Perdone, señor Comisario. Tengo que hacer una declaración.
- PYG. Usted dirá.
- FAUS. Pues que yo no he comprado ningún billete de la lotería.
- TODOS. ¡¡Eh!!
- MARÍA. ¿Luego mentiste?
- FAUS. No mentí. ¡Falté á la verdad!
- MARÍA. ¡Canalla!
- FAUS. Fué una broma.
- PYG. ¿Broma? ¿Y la ha dejado usted llegar hasta ese extremo? Me ha hecho representar un papel ridículo. A ver: 8, 11, 15. (Salen tres Policias.) Prendan ustedes á ese hombre.
- TODOS. ¡¡Preso!!
- CEL. (Implorando por su tío.) ¡Caballero!
- PYG. Señorita. El deber es rígido é inflexible. Los fueros ultrajados de la autoridad que represento, demandan ejemplar castigo. ¡Al calabozo!!

ESCENA XVIII

DICHOS y MELCHOR

MEL. (Entrando.) ¡Señor Consejero! ¡Señor Consejero! Mi enhorabuena. El Ministro acaba de llevar á palacio su nombramiento de Gobernador civil de Coimbra.

TODOS ¡Eh!!

FAUS. ¡Gobernador civil!

PYG. ¡Gobernador civil! ¡Prendí á mi superior!
¡Me veo cesante! (Cae desmayado.—Telón.)

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

Una sala del Club-Recreativo de Santa Bárbara. Divanes, veladores, mecedoras y aparador con servicio de repostería. A la derecha, en primer término, puerta de la «toilette»; segundo término galería que conduce al teatro y salón de baile; á la izquierda también dos puertas, la del primer término comunica con el gabinete reservado de la Dirección y la del segundo se supone la puerta de entrada al Club. Al foro rompimiento ó puerta grande que da al restaurant. Iluminación á «giorno».

ESCENA PRIMERA

ROSA y BERNARDO

ROSA (En la puerta de la «toilette».) ¡Qué fastidio! ¡Sin poderme mover de aquí! ¡Ni que fuera un centinela!

BER. ¡De poco te quejas, Rosa! ¡Tú, sin hacer cosa alguna, sentada con toda comodidad! ¡En cambio yo, siempre de arriba abajo, hecho un zarandillo, teniendo á mi cargo el servicio de los *ambigús*!

ROSA ¿Pero hay más de uno?

BER. Sí, hay dos, el mayor, que se halla destinado para el público en general, y el pequeño para la Dirección y personas invitadas de cierta categoría; ese es un *ambigú* reservado, tan reservado que apenas entra nadie.

- ROSA ¿Es cierto, señor Bernardo, que no ha vuelto usted á tener noticias de Gloria?
- BER. ¡No me hables de eso, Rosa! El señor Comisario me hizo muchas promesas, llegué á hacerme grandes ilusiones; pero, por desgracia, hasta el presente, no he adelantado un paso. ¡Todo ha sido inútil! ¡Nadie sabe su paradero!
- ROSA ¡Parece mentiral! ¡Se necesita ser muy ingrata! ¡Siempre hay gente con poco juicio!
- BER. ¡Déjala! Allá ella con su conciencia; pero á quien quisiera atrapar sería á ese tunante que la engañó.
- ROSA (Aplausos dentro.) Ya ha terminado el segundo acto.
- BER. ¡Es verdad! Ahora acudirán algunos parroquianos y es preciso que los camareros estén en sus puestos. Voy á verlo. (Sale por el foro y Rosa entra en el tocador.)

ESCENA II

MELCHOR, DOÑA VICENTA y ROSA

- VIC. (Entrando con Melchor.) ¡Qué linda comedia! ¡Me muero por las obras sentimentales!... ¿No le gustan á usted, don Melchor?
- MEL. ¡A mí, extraordinariamente!
- VIC. ¡Yo me vuelvo loca! Sobre todo oyendo aquella escena de *Dcn Pedro el Cruel*, cuando se arroja á los pies de su padre. ¡Qué hermoso parlamento! ¡Qué bien lo dice!
- MEL. ¡Soberbio! ¿No le llama á usted la atención la tardanza de doña María y del señor Consejero?
- VIC. Muchísimo. Preguntaré á Rosa, á ver si sabe algo.
- MEL. ¿Ella en el Club?
- VIC. Vino solicitada por mí para encargarse del servicio de la *toilette*. ¡Rosa! (llamándola.)
- ROSA (saliendo del tocador.) ¿Doña Vicenta?
- VIC. ¡Aun no he visto á nadie!
- ROSA Pues ya está en la tómbola.

- VIC. ¿Quién? ¿Doña María?
ROSA No, el mono que trajo hace poco el criado.
VIC. Si no hablo del mono, me refiero á la señora.
ROSA ¡Ah! doña María aún no ha venido.
MEL. (A doña Vicenta.) ¿El mono en la tómbola?
¿Entonces ha triunfado el Consejero?
VIC. Sí, señor, á la fuerza. Como no se encontraron las joyas, doña María se decidió al fin por el animalito. Un regalo de historia natural.
ROSA Ahí está mi señora, si no me engaño.
VIC. ¡Es ella! (Dirigese con Melchor al encuentro de doña María, que viene acompañada de Faustino y Celeste.)

ESCENA III

DICHOS, DOÑA MARÍA, FAUSTINO y CELESTE

- VIC. ¡Gracias á Dios! Nos tenían ustedes con cuidado!
MEL. ¿Cómo vienen ustedes tan tarde?
MARÍA Faustino es el causante, pues nosotras hace más de dos horas que estábamos vestidas esperándole. ¡No sé dónde se mete!
VIC. ¿De modo que fué el señor Consejero el que tuvo la culpa?
FAUS Yo no, fué el Ministro.
MEL. ¿Cómo?
FAUS (Haciéndole señas.) Fué el Ministro. Hoy he pasado un día lleno de peripecias; preso por culpa de aquel imbécil...
VIC. ¡Oh! ¡No me recuerde usted á ese hombre! ¡Se lo suplico por las once mil vírgenes! Después de lo ocurrido estuvo dos veces en casa y me negué á recibirle. ¡Jamás cruzaré mi palabra con la suya!
MARÍA Pues, doña Vicenta, no veo razón para tanto.
VIC. Yo ya me entiendo.
MARÍA Verdad que merecería un severo castigo, porque no se juega así con una familia como la nuestra.

- FAUS. Ten calma, que ya te explicaré... Todo ello ha sido un *quid pro quo*.
- MARÍA ¡Mira, no vengas ahora con pretextos! Lo cierto es que nos obligó á todos á representar un papel de bobos.
- FAUS. ¿Y si esto se hizo para proporcionarte una sorpresa?
- VIC. ¡Justamente! El señor Consejero quería ocultar á usted que las mil pesetas se destinaban á la compra de nuevas alhajas.
- MEL. ¡Sorpresa, á la verdad, muy agradable!
- FAUS. ¡Y propia de un marido cariñoso!
- MARÍA ¡Bueno, bueno! Válgate el ser ahora autoridad, que si no...
- CEL. ¡Querida tía, no se exalte!
- VIC. ¡No se exalte, doña María! Vamos á dejar los abrigos. (Encaminándose á la "toilette".)
- CEL. Hasta luego. (Celeste sale detrás de doña María y doña Vicenta.)

ESCENA IV

MELCHOR y FAUSTINO

- MEL. ¿De modo que continúa usted haciendo de las suyas sin propósito de enmienda? ¡Me dice usted que hasta ahora ha estado en casa del Ministro y su excelencia salió esta mañana muy temprano para su posesión de Sinfaes!
- FAUS. ¡Déjeme usted, Melchor! ¡No me doy cuenta de lo que me ha sucedido esta noche! ¡Imagínese usted que vengo de sostener una lucha gigantesca con Gloria! Es es el caso que el demonio de la muchacha se empeñaba en que la trajese al baile.
- MEL. ¡Pobrecilla! ¡Está en la edad de divertirse!
- FAUS. Mas yo me he portado heroicamente, resistiéndome á sus exigencias. Pero antes de separarnos me hizo jurar que no vendría al baile. ¡Calcule usted por un momento qué escena nos aguardaba aquí con mi adorable esposa!

- MEL. ¿Y usted juró en falso?
FAUS. En falso no; lo hice por mi honor... de Consejero y para que ella me dejase salir á estas horas, la juré también que iba á buscar á mi mujer para acompañarla á la misa del gallo.
- MEL. ¡Bien, admirable! Y diga, ¿qué hay de mi futuro proyecto?
FAUS. ¿Qué proyecto?
MEL. ¡Pues el de mi enlace con su sobrina Celeste! Ya vió usted que cumplí mi promesa, haciendo que le nombraran Gobernador.
- FAUS. No se preocupe de mi sobrina, amigo mío. Pienso allanar muy pronto ciertas dificultades para que mi mujer desista de casar á Celeste con un joven de gran posición.
- MEL. ¿Cómo? Es preciso que esto se aclare en seguida. No se mueva de aquí.

ESCENA V

DICHOS, DOÑA MARÍA, DOÑA VICENTA y CELESTE

- MARÍA Convengamos, amiga mía, en que todo esto se halla muy bien organizado. ¿Resulta muy original el que se celebre en Navidad un baile de máscaras?
VIC. Aquí es muy frecuente. Desde la fundación del Club se verifican al año tres fiestas iguales.
FAUS. Ya se ve. Cada país tiene sus costumbres.
VIC. Ahora, señor Consejero, si le parece á usted bien, pasaremos á la tómbola á ver el mono.
FLUS. A sus órdenes, doña Vicenta.
MEL. (Que ha estado hablando con Celeste, se dirige á doña María.) Señora, antes de marcharse la ruego se digne escucharme. El sitio no es muy á propósito, mas el caso es importante. Están presentes todos los interesados y doña Vicenta puede considerarse como de la misma familia.
VIC. Muchas gracias.
MARÍA No necesita usted esforzarse ni andar con ro-

- deos, ya sé que se trata de sus amoríos con mi sobrina. ¿Es esto cierto?
- MEL. Sí, señora.
MARÍA. Era preciso que fuera muy torpe para no adivinarlo. No se engaña fácilmente a quien como yo se ha casado, hasta ahora, cuatro veces.
- MEL. ¿Hasta ahora?
FAUS. Sí. (Aparte.) ¡Esperará á que reviente el mejor día!
- MARÍA. Bueno, voy á hablar á usted con toda franqueza. Tengo ya buscado un novio para Celeste. Se trata de un hijo de una amiga de la infancia que goza de gran fortuna.
- CEL. ¡Pero á mí no me gusta, es un patoso!
MARÍA. ¡Niña, tú harás lo que yo te mande!
MEL. (Aparte.) ¡Vamos, ayúdenos, don Faustino!
FAUS. Celeste dice bien, el tal chico es un memo completo.
- MARÍA. Mas, ¿qué tiene eso de particular? ¡También lo eres tú y te casaste conmigo!
- FAUS. ¡María!
MARÍA. En resumen, como Celeste no es sobrina mía, ni tengo derechos sobre ella, puede, desde ahora, hacer lo que le plazca.

ESCENA VI

DICHOS, PYGMALIAO y ANGELA

- ANG. (Adelantándose.) ¡Señoras! ¿llego tarde?
VIC. (Aparte.) ¡Eh! ¡Es preciso tener muy poca vergüenza!
- MARÍA. (Hablando con Angela.) No, también nosotros hemos venido hace poco.
- PYG. (Con timidez, aparte.) ¿Cómo seré recibido? (A Faustino, tendiéndole la mano.) Señor Consejero...
- FAUS. (Volviéndole la espalda.) ¡Déjeme!
PYG. (Aparte.) ¡Está furioso! (Alto.) Señora doña Vicenta, á los pies de usted. (Le da la mano.)
- VIC. ¡Déjeme! (Vuelve también la espalda.)
PYG. (Aparte.) ¡Parece una fiera! No olvida lo de Carcassa. (Alto.) ¡Señora doña María!

- MARÍA ¡Hola, señor Sereno! Estaba usted haciendo mucha falta.
- PYG. (con júbilo) ¡Oh, señora!... (A parte.) Esto ya es otra cosa.
- MARÍA Ante todo, deseo saber si ha venido usted á esta casa como autoridad.
- PYG. No señora, como simple particular, pues la escena de esta tarde me ha despedazado el corazón. ¡Nunca lo hubiera creído!
- FAUS. ¡Maldito lo que se le conoció!
- PYG. Créame usted, señor Consejero, al prenderle, chorreaba sangre todo mi cuerpo.
- ANG. ¡Es verdad, mi pobre hermano iba tristísimo, no probó bocado!
- MARÍA Está como yo, que aún no he comido. Cenaremos luego juntos.
- PYG. Imposible, doña María, no vuelvo á cenar hasta tanto no me perdone el señor Consejero, hoy mi superior jerárquico.
- MARÍA No se aflija usted, que Faustino no le guarda ningún rencor.
- FAUS. ¡Alto ahí! El señor me prendió...
- PYG. ¡Perdón! No fué el hombre ni la persona de Pygmalião la que detuvo á don Faustino, fué el Comisario, mi segunda naturaleza, respondiendo al sentimiento ciego y mudo de la ley. ¡El caso es muy diferente!
- MARÍA ¡Tiene razón, perdónale!
- MEL. ¡Vamos, don Faustino.
- CEL. ¡Pero, tío!...
- FAUS. Bueno, ¡perdonado!
- PYG. (Tendiéndole la mano.) ¡Ah, señor Consejero! Yo ahora, en pago de su generosidad, voy á demostrarle mi agradecimiento empleando todos mis esfuerzos hasta descubrir en seguida al ladrón de las joyas y traerlo aquí en presencia de su respetable esposa, atado de pies y manos.
- FAUS. (A parte.) ¡Me parece difícil!
- MARÍA Ya es tiempo de que así suceda.
- PYG. Y también he de traer al raptor de Gloria, la mujer del portero de doña Vicenta. No quiero que nadie me recuerde mis deberes.
- VIC. (A parte.) ¡Pero qué listo es este hombre!

- MARÍA Ya que todo se arregló, propongo que vayamos á la tómbola antes de que empiece el acto.
- VIC. Vamos, vamos. (Encaminándose á la puerta del fondo.)
- PYG. (Ofreciendo el brazo á doña Vicenta.) Me consideraré muy honrado si acepta usted...
- VIC. De ningún modo. Puede usted ofrecer su brazo á Carcassa.
- PYG. (Quedándose atrás, aparte.) ¡Esta ha de costarme algo más! ¡Tiene á Carcassa atravesado en la garganta!

ESCENA VII

FAUSTINO y GLORIA. Durante las escenas anteriores, en la sala del fondo se observa algún movimiento de convidados y máscaras, tomando refrescos y desfilando alternativamente. A mitad de la escena sexta, Gloria, con capuchón de terciopelo, atraviesa la sala, y en cuanto ve salir á Faustino se le acerca poniéndole la mano en el hombro

- FAUS. ¡Ah, una máscara!
- GLO. ¿No me esperabas?
- FAUS. ¡Gloria! ¿tú aquí?
- GLO. ¡Sí, señor; yo aquí! ¿Se admira usted?
- FAUS. ¿Pero qué vienes á hacer, imprudente?
- GLO. Eso pregunto yo al señor. ¿Le parece á usted bien abandonar á una pobre mujer que ha faltado á sus deberes por culpa suya?
- FAUS. Dispensa, Gloria, pero tú, hasta ahora, no has faltado á ninguno de tus deberes... desgraciadamente.
- GLO. Y después de encerrarme en casa, se viene usted al baile y...
- FAUS. ¡Habla más bajo, desgraciada!
- GLO. He de hablar fuerte para que nos oigan. (Grita.)
- FAUS. (Aparte.) ¡Bonita situación! ¡Válgame Dios!
- GLO. Sospechando que me engañaba usted, vine á esta fiesta. ¿Quiere usted divertirse? Pues yo también. Nos divertiremos juntos. Ande. Deme usted el brazo y vamos á bailar.

- FAUS. ¿Estás loca, muchacha? Ten presente que mi mujer está allí.
- GLO. No importa, nadie me conoce, voy disfrazada.
- FAUS. Me conocen á mí y basta.
- GLO. Pues disfrácese con unas narices postizas.
- FAUS. ¡Para narices, ya tengo las mías naturales!
- GLO. Entonces, haga usted lo que quiera; yo no he de separarme del brazo de usted.
- FAUS. ¡Pero, oye, criatura insensata!...
- GLO. Nada tengo que oír. Vamos, sígame. (Se lo lleva hacia el foro.)
- FAUS. ¡Jesús, que allí viene mi mujer y todo su acompañamiento!
- GLO. ¿Es posible?
- FAUS. ¿No la ves? Se avecina un escándalo inaudito en pleno Club (A parte.) y á mí en casa me espera una soba monumental.
- GLO. (Soltándose del brazo.) ¡Váyase, soy generosa!
- FAUS. (Suspirando.) ¡Ah!
- GLO. Doy á usted cinco minutos de respiro para deshacerse de su mujer, y allí dentro le espero para que se disfrace y podamos divertirnos juntitos.
- FAUS. ¿Tan sólo cinco minutos?
- GLO. Ni uno más. Me dijo usted que iba á la misa del gallo, pues gallo tendrá. Cantaré tres veces; y si á la tercera no acude, salgo yo y me descubro delante de todos.
- FAUS. ¡Pero, muchacha!...
- GLO. Que espero al tercer ki-ki-ri-ki.
- FAUS. Estoy lucido, ¡al tercer ki-ki-ri-ki!

ESCENA VIII

MELCHOR, FAUSTINO, DOÑA MARÍA, ANGELA, DOÑA VICENTA,
CELESTE y PYGMALIAO

- MARÍA Me parece muy bien la instalación.
- PYG. Hay muchos y muy buenos regalos. El mono del señor Consejero resulta de un efecto sorprendente.
- FAUS. Estimando.

- PYG. Yo he comprado doce papeletas.
VIC. ¿Habrá empezado el acto?
PYG. (Dirigiéndose á doña Vicenta.) ¿Qué dice usted, señora?
VIC. Nada, no hablo con usted. (Volviéndole la espalda.)
PYG. (Aparte.) ¡Continúa sin ablandarse!
CEL. (Cerca de la galería acompañada de Melchor.) No ha empezado todavía.
MARÍA. Entonces tenemos tiempo de comer alguna cosa.
VIC. Ahora no. Debe empezar pronto el acto y es preferible que lo dejemos para el otro intermedio. (Gloria desde dentro imita el canto del gallo.)
FAUS. (Aparte.) ¡Ya pareció el gallo!
PYG. ¿Qué viene á ser esto? ¿Un gallo? ¿No han oído ustedes?
FAUS. ¡Yo nada he oído! —
PYG. Pues yo juraría...
MEL. También yo... Será el griterío de las más caras.
ANG. ¿Y qué hacen ahora en el teatro?
VIC. El acto tercero del drama.
CEL. Nada de eso. El programa, que aquí tengo, anuncia unas variaciones de saxofón durante el segundo intermedio.
VIC. ¿Dice usted saxofón? ¡Ay, ay!
MARÍA. ¡Ya principian los desmayos!
PYG. ¡Agua, agua! (Va por un vaso.)
VIC. No bebo, señor Pygmaliao. (A doña María.) Es que el saxofón fué el instrumento favorito de mi marido. ¡Ah, cómo tocaba las variaciones del *Carnaval de Venecia!* (Gloria repite el canto del gallo.)
PYG. Ahora sí que he oído perfectamente el gallo.
FAUS. (Aparte.) ¡Segunda vez! ¿Cómo saldré de este laberinto?
PYG. ¿Será acaso la señal de alguna cuadrilla de malhechores? (Habla con las señoras.)
FAUS. (Bajo á Melchor.) ¿Y usted, lo oyó?
MEL. ¿Qué?
FAUS. ¡El gallo! Es un aviso misterioso. ¡Al tercer ki-ki-ri-ki, estalla la bomba!

- MEL. ¿La bomba?
FAUS. Sí, amigo Melchor. Se trata de una tragedia amorosa. (Hablan los dos.)
- MARÍA De ningún modo, doña Vicenta, podemos consentir...
- VIC. Perdón, señores; pero yo invité á ustedes á esta fiesta, y estoy obligada á hacer los honores de la casa.
- MARÍA Por nosotras queda usted relevada del compromiso.
- ANG. ¡Se me ocurre una idea! Que la suerte decida.
- MARÍA }
VIC. } ¡Aprobado!
- PYG. (A Angela aparte.) A tí siempre se te ocurren ideas estrambóticas. ¿No comprendes que puede tocarme á mí?
- MARÍA Faustino, ¿tienes un lápiz? (Canta el gallo por tercera vez.)
- PYG. Decididamente, esta señal me da que sospechar.
- FAUS. (A Melchor.) ¡El tercer ki-ki-ri-ki! Voy corriendo, no sea que...
- MEL. (Riéndose, aparte.) Esto me recuerda la última escena del último acto de *Ernani*, cuando el viejo Silva toca por tercera vez el cuerno de caza.
- MARÍA ¿Pero no has oído, Faustino? Un lápiz.
FAUS. Sí, mujer; pero estaba preocupado con el aviso que Melchor trae del Ministro para que esta noche no falte á su despacho.
- MARÍA ¿Tan tarde?
FAUS. No puedo perder un instante. ¡Estos son los compromisos á que obligan las altas posiciones sociales! Hasta luego, señoras. (Observando que Gloria espera en el foro.) ¡Cáspita! Si llego á tardar un minuto más, ¡tableau! (se dirige al fondo y Gloria le sigue.)

ESCENA IX

DICHOS menos FAUSTINO

- MARÍA ¿Qué enredo es éste, amigo Melchor? Sin más ni más se marcha Faustino..
- MEL. La culpa fué exclusivamente mía. El conde de Sinfaes me encargó que el Consejero fuera á verle después de las doce para comunicarle unas órdenes muy urgentes, y yo distraído, hasta ahora, no se lo dije.
- MARÍA ¡Qué inoportunidad!
- CEL. ¡Pero tía, echamos á suertes! ¡A ver, Melchor, un lapiz!
- MEL. En seguida. Mas ¿de, qué se trata?
- MARÍA Queremos saber quién ha de pagar la cena.
- MEL. Señoras, eso no es posible. Estando presentes dos caballeros no debe consentirse semejante sorteo.
- PYG. Lo mismo digo.
- MARÍA Como doña Vicenta se obstinaba...
- VIC. ¡Ya ven ustedes que me sacrifico á la suerte!
- CEL. ¡Pronto! el sombrero. (A Pygmaliao.) ¿Tiene usted la amabilidad de meter las papeletas?
- VIC. Dejeme revolver bien. (Toma el sombrero.)
- MEL. (Sacando una papeleta.) Yo el primero; nada.
- VIC. Tampoco yo.
- MARÍA Ni yo.
- PYG. «Yo». No sé lo que quiere decir...
- TODOS (Menos Vicenta.) ¡Bravo! ¡Bravo!
- MARÍA Quiere decir que usted...
- PYG. ¡Ah! ¿Soy yo el pagano? ¡Me parece bien! (Aparte.) ¡Lo suponía!
- MARÍA (Llamando.) ¡La lista!
- VIC. ¿Para cenar en seguida? ¿Y las variaciones de saxofón?
- PYG. ¡Es verdad! ¡Primero las variaciones... como aperitivo!
- MARÍA Y también la lista para que vayan preparando la cena.

- PYG. ¡Completamente identificado!
- CAMARERO Aquí está la lista.
- MEL. A ese señor.
- PYG. Elijan ustedes los platos. (A las señoras.)
- MARÍA No, usted mismo.
- PYG. Obedezco (A parte.) Veamos lo más barato.
¡Ah! (En voz alta.) ¡Chuletas de carnero!
- VIC. ¡No, nada de eso!
- PYG. ¿Por qué? (A parte.) ¡Qué lástima! ¡A cuarenta céntimos cada una!
- MARÍA ¿Será que no le gustan?
- VIC. Sí me gustan; pero desde que enviudé no las he vuelto á probar. ¡Me acuerdo siempre de mi marido!
- MARÍA ¡Ah! ¿Entonces su marido era aficionado al carnero?
- VIC. No, señora. Ya sabe usted: se lo llamaba de apellido.
- PYG. Doña Vicenta, pido á usted mil perdones.
- MARÍA A ver otra cosa. (Mira la lista.) Esto, ¡palomo con guisantes!
- PYG. (A parte.) ¡Dos pesetas! ¡Voy á darle una lección! (Alto.) Suplico á usted que suprima el palomo.
- MARÍA ¿Por qué?
- PYG. Porque también tuve un primo que se llamaba así.
- MEL. ¡Válgame Dios! Por esa manera de interpretar la lista nos quedamos sin comer. (Música dentro.)
- ROSA (Saliendo de la galería.) ¡Señores, que va á empezar el acto!
- MARÍA Pues entonces, adentro todos.
- PYG. (Devolviendo la lista al camarero.) Guárdela para luego.
- VIC. ¡Sí, vamos á oír el saxofón! (Salen todos.)
- PYG. (Que va delante de Vicenta, se vuelve rápidamente, obligando á esta que retroceda.) Señora, ruego á usted que se detenga y me escuche dos palabras antes de pasar al teatro.

ESCENA X

PYGMALIAO y DOÑA VICENTA

- Vic. ¿Qué quiere usted de mí, señor Comisario?
Pyg. Atiéndame que voy á ser breve. La flor delicada de los trópicos, abre sus pétalos y besa la brisa tenuemente, hasta resistir los abrasadores rayos de un sol canicular; pero de improviso el sol desaparece tornándose en nubes tenebrosas y el soplo perfumado de aquella brisa tenue, se transforma en ráfaga helada de furioso vendaval.
- Vic. ¿Pero se ha vuelto usted loco ó está representando alguna comedia?
Pyg. Nada de eso. Me explicaré. Esa flor delicada de los trópicos, descolorida y marchita, soy yo, y usted no podrá llevar á mal que la interrogue: Brisa, ¿por qué no me escucha? Sol, ¿por qué no sonríes?
- Vic. (Asombrada.) ¡No adivino, señor Pygmaliao, su atrevimiento después de haberme remitido el oficio de Carcassa!
Pyg. ¿De José Brites, querrá usted decir?
Vic. ¿Y quién es José Brites?
Pyg. ¡Un famoso bandido!
Vic. Nada de eso me interesa. ¡Soñaba otra vida! ¡Quería volar por las regiones etéreas del espacio, pero desgraciadamente me he equivocado!
- Pyg. No señora, el equivocado fui yo.
Vic. ¿Cómo?
Pyg. Pues cambiando los oficios.
Vic. ¿Qué oficios?
Pyg. El que remití á usted, en mal hora, referente al atestado de José Brites y el dirigido al juez del segundo distrito que contenía mi declaración de amor.
- Vic. Entonces, ¿cómo no retiró usted ese oficio?
Pyg. Quise hacerlo al momento, pero el robo de las joyas de doña María preocupó toda mi atención.

- VIC. ¿De modo que esa declaración de amor era para mí?
- PYG. Se lo juro á usted, doña Vicenta.
- VIC. ¡Oh momento inefable! ¡No sé qué me pasa!
(Apoyándose en Pygmaliao)
- PYG ¡Malo, malo! ¡Que se desmaya!
- VIC. Corramos, Pygmaliao, que va á terminar el acto y podría extrañarles nuestra ausencia.
- PYG ¡Ah, Vicenta! ¡Ahora sí que volaremos! (Salen cogidos del brazo.)

ESCENA XI

FAUSTINO y GLORIA

- FAUS. (Con dominó y nariz postiza.) ¡Pero qué manía la tuya de querer venir á este sitio!
- GLO. ¿Por lo visto tiene usted miedo de que le conozcan con esa nariz?
- FAUS. Mira, lo mejor será que nos vayamos al restaurant de abajo...
- GLO. ¡Nada! ha de ser aquí. Llame usted.
- FAUS. ¿Llamar, para qué?
- GLO. Para que venga el camarero y traiga de aquella cosa encarnada.
- FAUS. ¿Grosella? (Al camarero.) Sirve grosella.
- GLO. (A Faustino) Desabrócheme la pulsera para quitarme el guante.
- FAUS. Dame el brazo. (Le besa la mano.)
- GLO. ¿Qué ha hecho usted?
- FAUS. Ya que te empeñas en no moverte de aquí, será preferible que nos traslademos al reservado de la Dirección.
- GLO. ¡Nada, nada! No quiero reservados. (El camarero sirve.)
- FAUS. (Mirando hacia la puerta de la galería.) ¡Mi mujer! ¡Acaba pronto! (Llama.) ¿Cuánto importa? (Camarero.) Dos reales. (El camarero no se detiene.)
- FAUS. ¿Estamos?
- GLO. No tengo ninguna prisa.

ESCENA XII

DICHOS, DOÑA VICENTA, DOÑA MARIA, CELESTE, ÁNGELA,
MELCHOR y PYGMALIAO. Después BERNARDO

- VIC. ¡Qué bonitas variaciones! ¡Es un instrumento maravilloso!
- MARÍA Será preciso que tratemos de la cena.
- PYG. Cuando ustedes gusten. (Llama.)
- VIC. ¡Señor Pygmaliao, ya no me importa que comamos chuletas de carnero!
- PYG. ¡Oh, señora (Aparte.) ¡Come carnero! ¡Ya es mía! (Llama segunda vez.) ¿Quién sirve aquí?
- BER. Voy.
- GLO. (Levantándose rápidamente.) ¡Ah! ¡Bernardo! No nos detengamos.
- FAUS. No será por falta de avisos. (Con voz de máscara.) Aquí está el dinero. (Salen.)

ESCENA XIII

DICHOS menos FAUSTINO y GLORIA

- VIC. ¿Eres tú, Bernardo?
- BER. Sí, señor.
- PYG. A ver la lista.
- BER. Al momento. (Recoge la lista que está en la mesa donde se han servido Gloria y Faustino.)
- BER. ¿Qué es esto? ¡Han dejado aquí una pulsera! Ellos vendrán á buscarla. (La coloca encima de de la bandeja y lleva la lista á la mesa donde están todos.) Aquí está la lista.
- PYG. Venga. ¿Quieren sopa?
- MARÍA ¡Qué vec!
- BER. Es una pulsera que dejaron olvidada.
- MARÍA ¡Ah!
- TODOS ¿De qué se trata?
- MARÍA (Reconociendo la alhaja.) ¡Esta pulsera es mía!
- TODOS ¿Suya?
- PYG. ¿Qué?
- MARÍA ¡Una de las que me robaron!

- PYG. ¿Con certeza?
MARÍA Con toda certeza. La he reconocido al momento.
CEL. ¡Sí, sí!
PYG. ¡Silencio! Llegó el instante de ponerse en guardia. Las señoras que se retiren.
MEL. ¿Y qué se hace de la cena?
PYG. Ahora no se trata de comer. Váyanse todos que yo me quedo aquí para descubrir el robo de las alhajas.
MARÍA Señor Comisario, aproveche la ocasión. Nosotras nos vamos á la *tómbola*.
PYG Estén tranquilas; y déjenlo todo á mi cuidado. (Salen todos.—A Bernardo.) Usted dentro. ¿Tiene usted fuerza?
BER. ¡Señor, me llaman brazo de hierro!
PYG. ¡Excelente! Márchese y acuda cuando le avise. (Aparte.) ¡A veces los ladrones son muy tontos!

ESCENA XIV

PYGMALIAO y GLORIA

- PYG. (Viendo á Gloria que mira á todas partes con recelo.) ¿Será esta máscara? Parece que busca alguna cosa. ¿Mascarita? ¿Has perdido algo?
GLO. Sí.
PYG. ¿Qué fué?
GLO. Una pulsera.
PYG. (Aparte.) ¡Es ella! ¡Táctica y diplomacial! (Alto.) ¿Una pulsera? ¿Será esta?
GLO. La misma.
PYG. ¿Dónde la compraste?
GLO. No la compré, me la dieron.
PYG. ¿Y quién?
GLO. ¿Por qué tanta pregunta?
PYG. Curiosidad solamente. Se parece á una pulsera que perdí.
GLO. (Con rapidez.) Esta no es. La persona que me la regaló ocupa una posición respetable, vino conmigo á esta fiesta y allí fuera me aguarda para irnos juntos.

- PYG. Bien, bien; no he tratado de ofenderte. Ten la pulsera. (Sale Gloria.—Aparte.) Me escama esta máscara. No la perderé de vista. ¡Bernardo! ¡Bernardo!
- BER. (Saliedo de la «toilette.») ¡Señor Comisario!
- PYG. Allí está él, lleva un dómínó azul. ¿Ve usted aquella pareja? Es preciso vigilarles. No se separe de aquella puerta para que no se escapen. (Sale Bernardo por la izquierda.)

ESCENA XV

FAUSTINO y GLORIA. Después BERNARDO y ROSA

- FAUS. ¡Qué empeño!. ¡Eso es una preocupación tuya!
- GLO. No tal. Me hizo muchas preguntas y me miraba de un modo...
- FAUS. Lo mejor será que nos vayamos. (Sale por el foro.)
- GLO. ¡Por ahí no, que está él!
- FAUS. Entonces salgamos por esta puerta, que es la de la calle. (Aparece Bernardo por la misma puerta.)
- GLO. ¡Ah, Bernardo!
- FAUS. ¡Ay, ay, ay!
- GLO. ¡Por aquí! (Se dirige á la «toilette» y aparece Rosa.)
- FAUS. ¡Ahí no, que está mi criada! Será mejor que vayamos al gabinete reservado.
- GLO. ¡Sí, sí, pero de prisa!

ESCENA XVI

PYGMALIAO, BERNARDO, y después TODOS

- PYG. (Acechando en el fondo. Apenas ellos entran atraviesa la escena como un rayo, colocándose con los brazos abiertos para defender la puerta de salida.) ¡Ah! ¡Aquí están ellos! ¡Los pájaros se metieron en su propia jaula! ¡Bernardo! ¡Bernardo!

- BER. ¡Señor Comisario!
PYG. ¡Están ahí dentro! ¡Mucho ojo que no se escapen! ¿Esta casa tiene otra salida?
- BER. No señor, sólo esta puerta.
PYG. Entonces es preciso poner aquí centinelas.
BER. Hay llave para cerrarla por fuera.
PYG. ¡Muy bien! Ahora llame á las señoras que están aguardando en la tómbola. (Bernardo sale y cierra.) ¡Magnífico! ¡Estoy seguro del triunfo! ¡Eh! ¡Me parece que se mueve la puerta! (Pausa.) ¡Nada se oye: sin embargo estemos alerta!
- MARÍA (Viene con todos.) ¿Qué ocurre, qué pasa?
PYG. Honorabilísimas señoras. Lamento con toda el alma que no se halle presente el señor Consejero, pero me escucha su dignísima esposa doña María, que viene á ser lo mismo, quien podrá comunicarle el triunfo brillante alcanzado por mí en esta jornada. Gracias á mi infatigable trabajo puedo decir la hoy (Dirigiéndose á doña María.) que el ladrón de las joyas está en ese cuarto, y que el delincuente pagará pronto su delito. ¡Bernardo! no se separe de mí. ¡Melchor! usted también á mi lado, y entre los tres no habrá resistencia posible. ¡Bernardo! abra la puerta. (Bernardo lo hace.) En nombre de la ley intimo al delincuente á que salga. ¡Vamos! ¡Pronto! (Saliendo.) ¡Qué veo! ¡Bernardo!
- GLO. Esta voz... (Se adelanta hacia ella y le arranca el antifaz.) ¡Gloria! ¡Oh, desgraciada!
- BER. ¡Es ella!
- TODOS (A Bernardo.) ¡No me rechaces! Después te lo explicaré todo.
- GLO. ¡Ah! ¿Esta es su mujer? ¡Tiene gracia! Sin darme cuenta he descubierto otro delito!
- PYG. (Aparte.) ¡La cosa se complica! ¡Lo mejor será huir!
- FAUS. ¡Hola! ¿A dónde va mi amigo? Sígame sin chistar.
- PYG. ¡Ay, ay, ay!
- FAUS. ¡A ver esa máscara, fuera!
- PYG. (Aparte.) ¡Si ahora no tengo sangre fría, soy hombre perdido!

- PYG. Te resistes, ¿eh? pues voy á conocer la cara del ladrón. (Le arranca la nariz postiza.)
- TODOS ¡El señor Consejero!
- MARÍA ¡Ah, tunante! ¿eras tú?
- FAUS. (Riéndose.) ¡Sí, soy yo y á mucha honra! (Al señor Comisario.) ¡Colosal! ¡colosal!
- PYG. ¡Y me felicita! Señor Consejero, yo juro á usted...
- MARÍA Pero explícate, Faustino.
- FAUS. Mi situación es bien despejada. Como dentro de pocos días he de encargarme del gobierno de Coimbra, quise conocer por mis propios ojos el comportamiento de los que han de ser mis subordinados, y estoy satisfecho, ¡satisfechísimo!
- BER. (Aparte.) Pues yo no lo estoy y quiero saber...
- FAUS. Y también con usted, Bernardo. En recompensa de este servicio, me propongo nombrarle cabo de policía secreta.
- BER. ¡Muchas gracias, don Faustino!
- MARÍA Entonces, tú sabías que las joyas de aquella muchacha...
- FAUS. No hablemos ahora de eso. ¡Es un secreto de policía! ¿Verdad, señor Comisario?
- PYG. ¡Exactamente! ¡Un secreto de policía!
- MARÍA (Contrariada.) ¡En cuanto estemos en casa ya te daré yo el secreto de policía!
- FAUS. (A Pygmalio.) Y á usted, señor Comisario, he de ver la manera de recompensar sus extraordinarios servicios, para lo cual hablaré mañana mismo al Ministro.
- VIC. Si me permite el señor Consejero, yo lo haré hoy aquí en presencia de todos. ¡Amigo Pygmalio, desde este momento queda usted nombrado mi segundomarido efectivo! ¡Esta es la mejor credencial! (Le da la mano.)
- TODOS ¡Bravo! ¡Bravo!
- PYG. ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Oh, dulce ángel! (Abrazando á doña Vicenta.) ¡Estoy recompensado! (Telón rápido.)

Precio: DOS pesetas